





LUCY OPORTO VALENCIA

**LA INTELIGENCIA  
SE ACRECIENTA EN LA NADA**

EDICIONES INUBICALISTAS



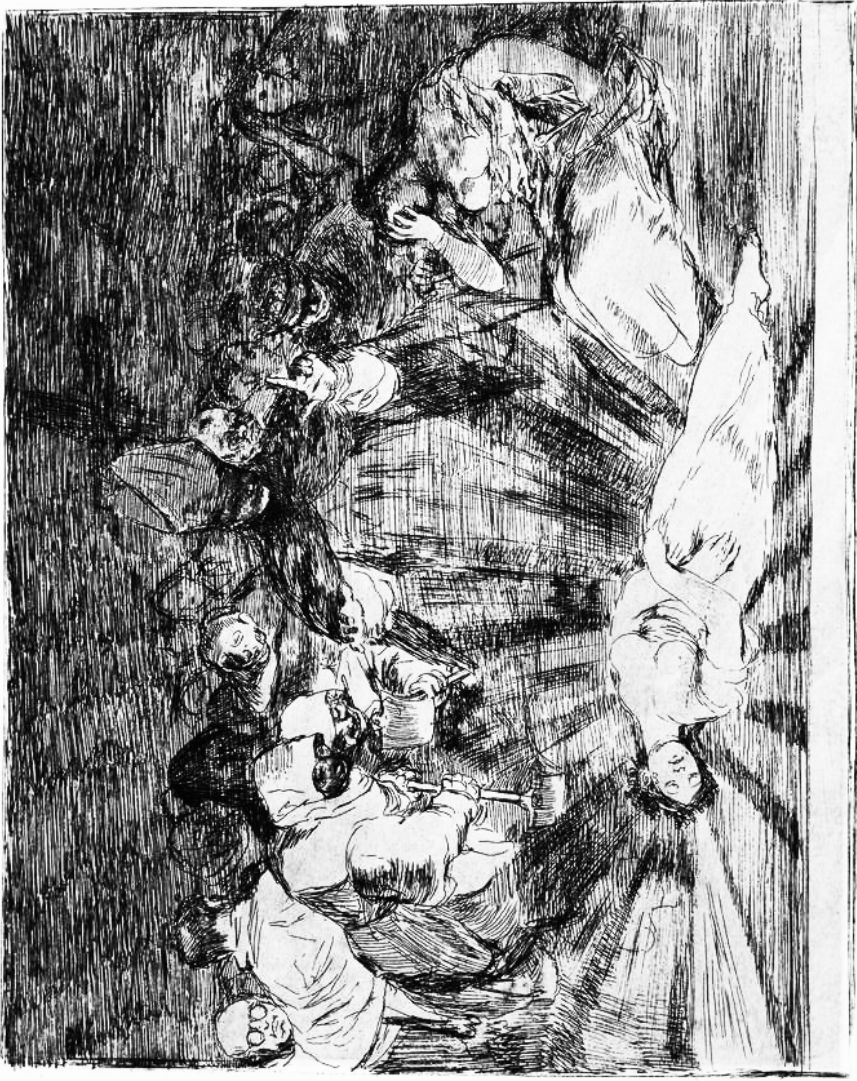
*¡Oh, corazón!  
Prácticamente habíamos vencido al tiempo,  
que antinatural,  
quiso morir entre nosotros.*

*Te lo digo de nuevo,  
Prácticamente habíamos vencido al tiempo,  
pero el horror  
es una dimensión de Dios,  
un velo sutil  
que siempre Dios nos dispensará.*

Ximena Rivera (1959-2013),  
*Las transformaciones* (2005)



**LA INTELIGENCIA  
SE ACRECIENTA EN LA NADA**



*Muric la Verdada.*



*MURIÓ LA VERDAD* (Nº 79, 1814-1815)  
EN **LOS DESASTRES DE LA GUERRA** (1810-1820)  
SERIE DE GRABADOS DE FRANCISCO DE GOYA (1746-1828)



## FUERZAS OSCURAS

El abrazo se cierra, más allá de la fatiga, en un límite extraño, silencioso: el espacio en blanco del vacío.

¿Y la finitud?

La úlcera invisible no muere. El animal me carcome las entrañas, y mi soledad se cierra en torno a la fisura que me separa de la muerte. Residuos del ser pleno, en el extraño mar del tiempo acumulado. El peso. La memoria. El dolor. Como agrietarse los ojos en medio de un lenguaje incomprensible, donde la naturaleza ha sido adulterada, los códigos demolidos, y los ejes taladrados.

Lo humano no era humano. Mas siempre quise entrever la morada, la plenitud, la sonrisa luminosa de la verdadera juventud. Y siempre quise conocer la clave de mi más profundo dolor. Por todos aquellos lugares, aquellos infiernos, aquellas vidas, aquella miseria y aquella memoria. Aquellos amores horribles, y aquellas aberturas de la sangre primordial en la convulsión extraviada del colapso.

Pues mi vida ha sido el colapso de mi verdad, el rostro de la inviabilidad de mi ser profundo: el corazón del mal, el odio y la culpa.

Mis manos se crispan en la extensión convulsiva, buscando la respuesta a la pregunta por el vacío, el olvido, el tedio y el absurdo. Como si hubiese muerto en un callejón inmundo e invisible, y todo aquello que me constituía se hubiese disuelto en una fatiga arenosa, bajo el sol más implacable y seco.

Durante toda mi vida he padecido una sola tortura, eficaz, imposible, aniquilante: la de no poseerme a mí misma. La debilidad estructural que me habita me ha destruido. Y no sé cómo, no sé dónde, no sé por qué, no sé para qué. He luchado toda mi vida con esta falla constitutiva de mi conciencia, fracasando siempre.

Ahora estoy en el punto cero de la hostilidad y la flaqueza. Como si el Demonio me hubiese desollado, y todo el mal presente en las voces y las miradas hubiese penetrado a través de mi piel abierta, hasta el fondo. Pues su clave no está en poder de mi conciencia, sino de fuerzas oscuras.

He retornado al extrañamiento de mi infancia maldita: no hay seres humanos, sino condensaciones de fuerzas ciegas que me asedian desde todas las direcciones. Fuerzas oscuras, inhumanas, encarnadas en esos planos sin profundidad ni permanencia: objetos, muros, pozos cerrados. Me tortura la horrorosa distancia, la hostilidad del vacío que me separa de mí misma, padecida con un dolor ciego, inhumano, insondable.

El amor ha iluminado el espantoso vacío instalado en mi alma. El vacío por el que nací, pero con el que ya no puedo seguir viviendo.

Esta ansiedad que me hace desear morir, es la exasperación final de aquella padecida durante toda mi vida, centrada en la desgarradora incompatibilidad entre la necesidad de un sentido —del Sentido— y el absurdo. Entre el amor y el vacío. Entre la vida y la muerte.

El vacío ha constituido mi conciencia, mi historia, mi vida. Y, sin embargo, me ha destruido.

Estoy en las lindes de lo humano, de los nervios, de lo concebible. Estoy en la tierra afilada de la última batalla, como

si hubiese absorbido la totalidad del mundo y no me quedara más que vomitarme a mí misma. Pues nada tengo, excepto los ámbitos en pugna que me han constituido en un fantasma. No puedo aceptar la ausencia de una certeza fundante acerca de mí misma, ni la ignorancia acerca de mi destino, ni esta zozobra, callada como la muerte perfilada en los odiosos rostros ajenos.

¿Qué había detrás de aquéllos que se alimentaron de mí? ¿Qué había detrás de aquellas presencias —imágenes concentradas, planos descerebrados, cosas— que succionaron mi alma en el punto de mi debilidad extrema? ¿Quién estaba detrás de los rostros de la muerte? ¿Quién, en esa muerte lujuriosa e impura?

Los acontecimientos se precipitan desde hace mucho. Sin respiro. La caída florece en la sangre. El tiempo se ha concentrado en el incansable fragor del transcurso. Me hallo en la más extrema de mis debilidades, en un despojamiento cercano a la muerte, sin energías ya. Estoy en el umbral. La caída es inminente. Entonces, veré la muerte con los ojos de mi infancia maldita.

La antimorada del Demonio ha de ser llenada con la voz de la Justicia. Pero, ¿cómo he de vencer, en medio de esta conciencia desollada por la mentira, el silencio, la clave rota?

La fragilidad y la soledad más radicales determinan el dolor presente en la lucha interior. Pues aun la vida ha perdido su carácter absoluto. De ahí, la pregunta que trasunta la demolición total: ¿es, entonces, la vida un don o un castigo?

La máxima concentración del dolor existencial cognoscible, fulgura cuando la continuidad de la vida se enfrenta al más atroz de los vacíos: aquél que se perfila ostentando el poder. De ahí, las torturantes dudas ulteriores, tan crueles como el desorden subyacente a esa intemperie: ¿tiene sentido librar una lucha

interior donde aun la vida ha perdido su carácter absoluto? ¿Toda lucha interior ha debido enfrentarse a condiciones semejantes, en el curso de la historia?

¿Podemos aún, en medio de este implacable proceso de demolición y negación de “todo lo que trasunta nobleza”, esperar hallar una certeza interior, una morada, una identidad profunda e inalterable?

*30 de octubre de 1994*

## DILEMA METAFÍSICO

Me hallo en la invisible urgencia de un dilema metafísico: ¿dónde está mi interioridad? ¿Dónde mi mundo? ¿Dónde y cómo restauraré la verdad en mi vida? La urgencia es el desbaratarse permanente de los mundos, la demolición, la esclerosis, el temblor, el eclipse. Ni siquiera hay escombros. Sólo fragmentos pulverizados del Ser que alguna vez se manifestó lozano, luminoso e íntimo.

La invisible urgencia fundamental desarrolla la tensión que la constituye, en medio de mortales urgencias exteriores: la pacificación de la existencia, la burocracia, los negocios, el éxito fácil, la corrupción y el crimen gozoso. Éstas son las categorías que definen el sentido de la realidad y de la vida.

El mundo se ha instalado en mi alma, acosándome, despojándome, matándome. Las fuerzas oscuras me han succionado, envileciéndome.

El desprendimiento del alma es el dolor de la carne, iluminada aún, desde dentro, por una luz que se torna cruel e inútil, entre desperdicios, humores y hedores humanos: los pútridos residuos del mal amor, el despilfarro, la perversidad más miserable y vil. Pues el mundo es la obscenidad, el vómito, la defecación, la lujuria y el hambre.

No hay nada. Sólo enfermedades, colapsos, deformidades, ulceraciones, repugnantes cosas con rasgos humanos: tan superficiales y letales como el mundo fragmentado, instalado en el corazón mismo de la verdad, que esas fuerzas oscuras han venido

destruyendo desde el principio. Pues para eso nacieron, en un parto monstruoso, que debió hacer sangrar y aullar la virginal oscuridad del universo hasta la muerte.

*31 de octubre de 1994*



## LA IMPOSIBILIDAD TONAL

Libertad. Afirmación. Señorío. Espíritu. Trascendencia. Autoconciencia. Progreso. Conceptos cuya articulación forma parte de un sistema corrompido de raíz, una visión de mundo enteramente sobrepasada por los procesos, marasmos y calcinaciones del siglo XX, cuya impronta definitiva e imborrable ha sido la muerte: la tradición humanista como medida del mundo.

Su expresión más acabada es la tríada mayor, célula fundamental del sistema tonal, que sintetiza todo aquello que hoy nos escupe y desplaza: el falaz optimismo del hombre libre que progresa, acepta desafíos y trasciende linealmente hacia la nada. La trivialidad, la demagogia y su afirmación fatal, constituyen la tónica, entendida como última sentencia y sonido. Lo Absoluto. La Verdad.

La tríada mayor es el trasunto y la medida del hombre. Su corazón es la divinidad artificial sin raíces que lo habita, revelándose, a la postre, en el letargo de esa direccionalidad aplastante y segura, como una divinidad mundana que anunciara la muerte.

La tríada mayor es la afirmación de lo humano. El sistema tonal, su mundo y su falsa conciencia.

La tríada mayor es tolerable sólo como acorde de paso, en composiciones que ya no se enmarcan dentro del sistema tonal, sino en su proceso de disolución. La confrontación de su asepsia con la historia del siglo XX y su impronta de muerte, la hace intolerable. De ahí, el anacronismo del sistema tonal, cuya direccionalidad lineal y su afirmación como respuesta última a

las interrogantes existenciales, se erosionan, se resquebrajan, se desgranán, sentando así los límites históricos de su vigencia, en cuanto concepción del hombre y del mundo.

La emancipación de la disonancia, el concepto más importante en la poética de Arnold Schönberg, era no sólo la ampliación del material sonoro a zonas del espectro armónico rechazadas hasta entonces, sino también la ampliación de la pregunta olvidada, la pregunta por el hombre, surgida desde la intolerable zona de su desposesión más radical: el absurdo, la soledad, el fracaso del más ambicioso de sus proyectos. El despeno de su identidad en el progreso ilimitado, cuya cifra es la acumulación de desechos y cadáveres.

La emancipación de la disonancia es la última pregunta del hombre por el hombre. Pregunta formulada al vacío: tensión sin resolución, atomización del tiempo, abolición del discurso musical, pérdida de direccionalidad, de referentes. Pérdida de sentido. Sólo el abismo de la trituración interior del *no-hombre*. Su muerte. Su terror. Su silencio espeluznante. Sólo el dolor absoluto, frío, rojo y sin adornos.

La imposibilidad tonal, como imposibilidad humana fundamental.

*19 de febrero de 1995*

## EL DESPRENDIMIENTO DE LA ETERNIDAD

### I

La fisura del desprendimiento se hace patente en el fragor del encuentro. La memoria consiste en presenciar el vacío, el horizonte extraviado, la remota promesa. Así, al reunirse los tiempos en la confirmación, la síntesis, la clara afirmación de lo que he sido y he de ser en mi espíritu, la desgarradura del desprendimiento de la Eternidad se abre, como la fragilidad expuesta de las dudas fundamentales, cuyo velo envuelve el sentido oculto de mi búsqueda, su direccionalidad y el colapso de las encrucijadas. El crecimiento, la desesperación y el desapeño. La nostalgia o el olvido. La libertad o la necesidad, de Dios y del hombre.

Luego viene la mirada rota hacia lugares inexpressables. El desconcierto y la succión muscular, como si los órganos se llenaran de ojos, en la transformación de lo in formulable.

La individualidad es dolor. El cuerpo y el alma se consumen en la búsqueda, que es el sentido de todos los golpes y las fugaces revelaciones de lo Absoluto. Pero, ¿por qué esta sed constitutiva de la auténtica naturaleza humana se fija en la materia o en los fenómenos que *nunca serán* lo Absoluto, ni colmarán esta sed de fundamentos, de sentido, de verdad definitiva e irreductible? ¿Qué son, en verdad, lo Absoluto, la vida, lo humano? ¿Y qué son la materia, el devenir, la percepción, los fenómenos: este cúmulo de fugacidades y esperanzas rotas?

La individualidad es el desprendimiento de la Eternidad. La búsqueda es la larga formulación de la pregunta por esa herida. Se crece para ser frágil, en la conciencia de la herida: la muerte y la sed de Infinito, entrelazadas como los nervios rojos del aullido.

En los intersticios del odio, la impotencia, la crueldad, la desesperanza y el terror, tal vez exista un testigo de esta tristísima fragilidad carcomida por la duda. Mas la desgarradura es la soledad, la pregunta, los textos, o la música interpretada *en secreto*.

En el fragor del reencuentro, la herida absoluta vuelve a despertar: la memoria no es lo que fui o dejé de ser, sino la fragilidad que soy, y que pregunta desde la exasperación ante la incomprensible inanidad de las mediaciones y el inalcanzable sentido de la fugacidad de toda revelación verdadera, en el siglo de la muerte.

El aullido es el silencio. El secreto es la música del desprendimiento, la indagación, el error y la clave desconocida del retorno. La abertura por siempre: la pesada finitud.

## II

No son puertas, ni palabras espectrales asomadas. Sólo intersticios, grietas, marañas, guaridas o bocas. Para decir el vacío absoluto, la desintegración del alma debería ser como el fuego aplastado de la atmósfera. Nada. Sólo carcomerse en la lógica residual de las últimas mentiras, de la fresca simiente envilecida.

Más allá de Dios, el Amor y la Verdad, está el Vacío. *Más allá*. Silenciosos jirones, viento ululante, pululantes ojos. Claridad para

la muerte, que no supera el cansancio, la pesadumbre corporal de la existencia, la memoria, el anhelo. O las innobles ataduras biológicas, como el instinto de sobrevivencia.

¿Para qué?

Transparencia de muerte asomada en la agonía de lo extraño, luz invertida escupiendo la derrota. Como si me hubiese quebrado, y el tiempo fuese una imagen plana.

Soledades, palabras repetidas hasta la náusea: la afirmación del mundo que muere. El poder del mundo que muere. El cinismo del mundo que muere. La mentira del mundo que muere.

El lugar interior es la exposición al ultraje. La expresividad devela el peso amenazante de la vida, la victoria de la luz y la belleza serializadas del mundo que muere, sin afirmar la verdad, usurpando la verdad, pisoteando la verdad.

Dejarse penetrar por la mueca luminosa para vivir. Callar los pesados bordones que recogieron el elíxir del cuerpo desmembrado de los siglos, la pregunta, el aullido.

Las puertas cerradas de la simiente. Degeneración. Ruina.

No hay nadie. Sólo intersticios, voces espectrales, fragmentos, fugacidades, lejanías. Tiernos jirones abiertos del Dios olvidado.

¿Dónde está mi alma? ¿Dónde la realidad?

La verdad es negra, como la última pregunta sangrante y sin raíces en la memoria de los vencedores. Pues los genios no tienen memoria. Y la luz no puede penetrar la carne sino para matarla, para despojarla de su verdad.

La desposesión cifra su mortal transparencia en el sonido ahogado de los Vencidos. “En la escena, se está solo”, expresaba el Maestro. La soledad es este desposeimiento fraccionado, la morada del dolor situada entre los muertos, que pregunta cómo la humanidad perdió su espíritu, entregándose al sangriento espesor de sus ídolos, al cálido hedor de sus mercancías lujuriosas.

*22 de febrero / 19 de marzo de 1995*

## PREGUNTA POR LA FILOSOFÍA

Niños residuales. Vocaciones residuales. Obscenidad. Ausencia. Basura de las bocas, las rocas, la oscuridad. Como los frescos descascarados de la memoria, en el silencio del excremento vivo que arrebató afirmando la hueca lujuria entre cajas, sonrisas y ganado. El punto cero del asco y el odio, allí donde la invisible miseria humana toca fondo, y la pregunta vuelve a ser el aullido de la muerte.

Sonrisas desgranadas. Ojos. Cabezas. Pasos. Huesos incrustados en la madera. Voces asquerosas, como los fríos humores empozados sobre el lecho o los rincones vulgares del mal amor: lluvia ácida, revelaciones de alcance seriado. Pútrida juventud, abortos, mercancía barata.

La lengua no es disonante, sino plana, espuria, vacía. Es el largo tedio de la última fatiga, el último espasmo del amor vencido.

Es tarde o temprano para mi voz y mi mirada. No existe la puerta. No se muestra la morada. Me quiebro. Me extingo.

¿Dónde están las preguntas? ¿Dónde la búsqueda de la verdad? ¿Dónde el espanto? ¿Dónde la fragilidad de la duda?

*9 de abril de 1995*

## EL VACÍO

Los ángeles vacíos. La escoria. La fe del horror. El punto de ruptura. Había roto con el mundo y consigo mismo. Estaba destrozado.

Más allá, la negra beatitud, la luz sin esperanza, la filosofía del espanto.

Más allá, la muerte viva de Dios nos mira pronunciando nuestra derrota, nuestra mentira, nuestra muerte. La verdad está más allá de la bondad y la esperanza. Y, más allá del horror, su luz y su verdad deformes iluminan el sórdido vacío que nos constituye.

Nada y Horror. Verdad y Horror. Vacío y Horror.

La guerra.

Las voces preparan la batalla. Los restos del alma muerta son abandonados. Y mi rostro se parte, indagando las claves perdidas.

El vacío. El vacío.

Como los ángeles sin alma de la verdad última, la moderna sabiduría me extirpa los órganos. Y la memoria me sangra, interrogando las asépticas palabras, la pulcritud de las falsas virtudes, la felicidad de la satisfacción estéril.

Desde entonces, sólo el mortal vacío me constituye, para azotar, interrogar y desaparecer en la muerte viva, el escarnio, el aullido, la derrota, la distancia y la duda. Como la negra verdad del dios partido dos veces. Como los sueños de la memoria última, mutilando la falsa belleza, la falsa sonrisa, el falso orden. A solas



con esta luz seca y helada que me ha conducido a registrar los signos otros de una encarnación histórica del mal, la deformidad de su núcleo constituida en sentido del mundo.

Pero no todo es formulable.

Me tortura un dolor ciego, conduciéndome más allá de la ruptura, donde la chispa divina y la identidad profunda se oscurecen. Su huella quemada deviene la imagen del dios partido por el horror, de los ángeles desfondados, de la escoria de la vida.

La portentosa luz de la verdad sin esperanza ni misericordia, es su desposesión de sí. La fatiga de Occidente. Larga como la ausencia de Dios. O como la plegaria sin respuesta que ha sido la música del siglo XX, en que la disonancia es el corazón vacío del hombre moderno. Y su emancipación, la lejanía, su definitivo punto de ruptura con el mundo y consigo mismo. El grito abierto de la desesperación última del dios partido, vulnerado y lúcido.

Horror... Horror...

*23 de abril de 1995*

## LOS ÍDOLOS

No hay sueños. La nada se expande viscosa bajo el ruido que acrecienta el hálito perdido, ante la mueca de la muerte. Es un dolor que atraviesa el tórax, como un marasmo sin señales ni ojos.

La nada es la cuna del mal. El vacío es la antimorada del Demonio, amamantado con los líquidos que rezuman los jirones de la verdad última en estado de putrefacción, las vidas ofrecidas en el altar de los dioses muertos.

La soledad es el delirio. El delirio es la soledad. Las amadas canciones no bastan. Ahora, el vacío me succiona como si mi vida entera hubiese sido dispuesta para esta visión inasible e implacable de la nada total.

El tiempo sagrado se desintegra en espasmódicos jirones. Los usurpadores del Espíritu levantan la mentira y la idolatría como sistema.

Ésta es la última fase de la crispación y el espanto, ante la radical plenitud de su poder destructor: no hay valores, no hay identidad, no hay profundidad, no hay sufrimiento, no hay verdad, no hay puntos de ruptura, no hay pasión. No hay sueños. No hay preguntas. No hay nada.

Sólo la obscena mueca del vacío que mata la raíz, la transparencia, el dolor. Sólo la levedad de la vida vivida como prolongación de la mentira y la muerte. Sólo la cáscara prepotente del cadáver que rezuma el desprecio, la miseria, la pérdida del alma con pretensiones metodológicas.

La identidad descerebrada sonríe con la mueca del mal disimulado: la normalidad.

*Horror vacui.* La fisura por la que lo extraño emerge. La satisfacción y la duda desesperada. La palabra muerta y el aullido. La falsa sabiduría y el colapso. El cinismo y la violencia. El silencio. La soledad.

Quizás, los dioses del escarnio profundizaron en su propio horror. Como los ídolos impugnados por los profetas, no resistieron la visión de su propio vacío. Pues no buscan, no desesperan, no aúllan. Destruyen todo lo que trasunta nobleza, ultraj ndolo, exhibiendo el vil orgullo que sustenta sus acciones. Porque, al igual que los torturadores, tuvieron que abjurar de sí mismos, expandiendo así el *no-ser* que ahora nos destruye, como una bomba de racimo puesta en el corazón de la verdad y la filosofía.

*28 de abril de 1995*

## ROMO

El dolor impregna el vacío, por donde las avenidas se tuercen, vomitando la escoria nocturna, el licor maldito, la memoria espectral del árbol que amanece y destila la sangre de los santos días que prepararon el combate silencioso. Éste es el fondo de la soledad auroral, en cuya duración la precariedad y la indigencia son probadas, pulidas, purificadas.

El destierro es la morada. La morada es el destierro: modernización, progreso, desarrollo, democracia, impunidad.

Pero si el cuerpo de la mujer puede resistir el parto, entonces puede resistirlo todo, aun el *no-ser*: la exposición prolongada a la ceguera que constituye la satisfacción, la vanidad, el éxito, la insolencia y la desidia.

La filosofía como modo de preguntar. El peso de las respuestas y las inamovibles formulaciones que difaman toda interpretación, sepultan la sangre, allí donde los dioses del escarnio arrancan los dientes a la víctima devorada por la ronca carcajada eléctrica. El terror se expande interrogando a la nada, pues ahora sólo cabe interrogar en el extremo, cuando el ser humano ha cesado de hacerlo.

*Filosofía como modo de preguntar, que es un buscar saber. Método de búsqueda de definiciones. La definición in extremis ahora sólo apunta a lo inconcebible: el terror, la muerte, la nada.*

La angustia como modo de preguntar. La cicatriz como modo de preguntar. El aullido, la plegaria ininteligible como mo-

dos de preguntar, la emancipación de la disonancia como modo de preguntar. La tensión descarnada como modo de preguntar. El padecimiento de la tortura como modo de preguntar.

En el punto cero del fracaso total, las antípodas revelan su desgarró, como el ancho cráter silencioso, infinito, profundo y nocturno, que recibe a las residuales víctimas propiciatorias del festín satánico.

“¿Es que de dónde, por dónde, en qué orilla?”

Allí está la filosofía, en el seno luminoso del fracaso. Frente al ruidoso juego estéril de la formalización espuria que no interroga, no revela, no ve. Frente al discurso que ha instrumentalizado lo sagrado y lo noble en busca del éxito, la certidumbre inamovible, la exactitud y la seguridad.

Soledades. Ingles descerebradas. Lujuria.

La persecución construye círculos. El desposeimiento. La indigencia. El corazón ácido de los días horribidos.

El Demonio penetra la realidad con su luz sangrienta. Odio y reverencia. Crueldad y reconocimiento: “La mujer no entrega nada”. “El mar chileno no es un mar donde se puedan lanzar cadáveres; es un mar torrentoso”.

Mujer, cráter, mar torrentoso. El núcleo vulnerado en la deformidad. Y, una vez más, el mito: la madre primordial, tierra, agua, regazo, cerrazón, oscuridad, interioridad. Misterio. Pero también la muerte que oculta el despliegue de la semilla, hasta su hora de amanecer, mientras el monstruo la manosea, hasta atrofiarla y nadificarla.

Amanecer de monstruos. Silencio. Cráter y ocultaciones.

Pues, hace mucho tiempo, Chile dio de beber agua a su madre, después de electrocutarla, partiéndose las palabras, exponiéndose la herida, la herida, la herida ciega que mata.

La herida, que es la única y la última pregunta.

*21 de mayo de 1995*

## LOS LÍMITES DE LA PROFUNDIDAD

En el destierro, los pasos resuenan pedregosos, profundos y extraños. Es una irradiación sin tiempo, en que todos los puntos se desnudan, estallando de una vez y para siempre.

Ahora es la soledad, la tortura del ojo que no se enciende. El silencio fraccionándose en la impostura del adiós cotidiano. La vida, el tránsito. Como si, en la maraña, el diamante eclipsara el alma, el corazón ácido de los días del horror. Y la carne se incendiara del otro lado, en una duración paralela al despeño.

Pues, en la tarde, el desierto se llenó de cadáveres. Y, desde entonces, se revela la imagen gastada, que estalla en el ojo abismal de la planicie, donde la pregunta exasperada arroja el bramido, la escoriación, el espasmo, el corte.

El cansancio me parte en esta tronadura de abajo, donde nadie puede verme. En esta ventana interior: la del derrumbe, la repetición, el asco, la duda, la precariedad. La orfandad.

Pero, ¿dónde está la morada del Padre?

La semilla se ocultó durante siglos en la premonición inconclusa. El mundo se parte. Las paredes arrojan la excrecencia silenciosa de los vacíos, la escoria discursiva que castiga a los demiurgos. La zona infranqueable en que el habla debe reformular la pregunta o destruirse.

El escenario está roto. El río abovedado incrusta los cadáveres. Entonces, la precariedad constituye el goce de los adolescentes envejecidos, cuando la escoriación se inflama, hasta perderse el

amor en las entrañas del cielo, la pena y, una vez más, el destierro, la mordedura, el insomnio estéril de la esperanza muerta.

Ahora danzan frente a las cruces. La finitud se place frente a la imagen sin rostro.

No hay Padre. No hay mundo. No hay camino. No hay descanso. No hay rosas. No hay preguntas. Sólo la plana voz de la morada dividida, del divertimento fatuo o la mediocridad oscura. El punto cero.

“En la escena, se está solo”. Sin público, ni atriles. Sin Padre, ni mundo. Solo, como en la hora del destierro y la memoria.

La sabiduría incontenible del cuerpo ulcerado comparece para formular la pregunta por la herida: si acaso ella ha de despertar el silencio, la morada, la oscuridad, el anhelo.

Me duele el vacío: el corazón ácido de los días del horror. El punto al que el peso de las palabras, las miradas y los días, no comparece.

El cerco se cierra en la zona profunda. Entonces, sólo la nada me mira, los dioses muertos, las máquinas, las úlceras de plástico. El regazo no se impregna del Padre. Y la plegaria se torna remota, insondable, extraña, delgada. Como la sonrisa añeja de los adolescentes vaciados, *no comparece*.

Ahora, el Vacío es la santidad, el Mundo, el Padre, el No-Ser: la morada en que la estruendosa magnificencia de los pilares es carcomida por los bichos y las mordeduras de los torturados.

El grito se expande. Los dientes son arrancados. La vagina carcomida de las violadas expone el Infinito. Entonces, Dios se parte dos veces: “Rompió con el mundo y rompió consigo mismo”.



Por eso, el escenario está roto, como la rosa sangrante de las violadas. Y la plegaria rota se enciende: los ojos de la bestia, la soledad.

*Sólo la soledad y el fuego.*

*23 de mayo de 1995*

## LA PUERTA

La verdad torturada desciende en resplandores violáceos. Tarde y temprano, el abismo sangriento: la violencia, la conclusión.

La luz, la voz y el amor tremendo, aparecieron para despertar el amor cadáver, la flor desnuda de la noche, la memoria del desencanto, la fatiga y el adiós. Como si Dios sonriera en la espesura de todos los silencios, atrapando los últimos trasuntos de mi nombre: el juego, la esperanza, la pasión inútil, como inútiles son mis ojos en mi herida. Porque mi amor no queda en la memoria. Tampoco mis códigos callados.

Una vez más, la puerta se entreabre, mostrando el ruidoso marasmo del entusiasmo y el olvido. No hay nada en los perfiles amorosos, acaso una interpelación a decidir por el humor que encubre la muerte, o la invulnerabilidad que gusta del divertimento. Una vez más, la esperanza y la indigencia.

En el descenso, voy cruzando cielos cada vez más turbios. En lo alto de todas las combinaciones, los umbrales son traspasados en la repetición profunda y árida. Es el punto cero, en que el amor y la indigencia me matan para renacerme, y repetir la misma estructura absurda.

Los ojos se hunden. La puerta se abre, como si la realidad consistiera en mostrar el secreto de su abismo, conminándome a triturarme en ella.

Me duele el vacío: la memoria fracturada, el amor sin morada, la indignancia, la voz que sólo divierte o silencia en la sequedad, la existencia que sólo concita el entusiasmo cruel o el desprecio. Nunca la verdad. Sólo la maldad erosionada del marasmo.

La nada recrudece mi inteligencia en la realización de la lectura adecuada a sus fines. Mi inteligencia sólo espera a la nada, como último sentido y finalidad: ni hombre, ni naturaleza, ni Dios. Sólo la cosa o el divertimento, la “triste mercancía del vendedor de seres”, la fugacidad nadificante, cuya visión me arranca los ojos y la lengua.

Pero, ¿cómo dejar de repetir el descerebrado anhelo? ¿Qué morada he de construir para mi duelo?

La inteligencia sólo abraza a la Nada, como último sentido y finalidad.

La filosofía es el último peldaño en el camino hacia la Nada.

*La filosofía es la última voz, el testamento, la más alta de todas las muertes.*

*3 de junio de 1995*

## ***MYSTERIUM TREMENDUM***

Una vez más, la exposición a la memoria, al abismo abierto que calcina la raíz, la patria muerta, la ausencia.

Es el abismo luminoso y sangrante de la otra orilla, el punto más alto del conocimiento, donde la soledad deforma con la monstruosidad de los hijos de lo extraño. El linaje de los vacíos.

Del otro lado, los códigos han de ser leídos al revés. Así lo exige la muerte feroz que subyace.

Ahora estoy dentro, a solas con los fantasmas despiertos.

Nada llenará el caos. El numen vuelve para señalarlo. Lo llena brevemente y, después, se va con violencia. ¿Por qué nada ni nadie puede llenarlo? ¿Para qué reproducir y recordar lo que no tiene otro destino que su propia constitución fatal?

Saberse uno con esta presencia, sin fisura: ni cuerpo, ni alma, ni mirada, ni abrazo, ni sangre, ni voz. Sólo un único fuego que aboliese el caos para siempre. Sólo el amor que venciese esta total indigencia.

La tristeza de no poder ser más que la herida, el adiós y el silencio. La mano temblorosa extendida hacia la Nada. La plegaria sin respuesta. *Mysterium tremendum*.

\*\*\*

Fuego sobre el agua. La quijada acecha de reajo. El paño negro: el orden vulnerado o el combate. Silencio y clausura. Exterioridad.

Bandera hecha jirones. Ojos en la sangre y el fuego. Silencio y clausura del huevo emergente. El orden vulnerado o el combate. Interioridad.

*4 de junio de 1995*

## EL GUERRERO DESPEÑADO

La roca desprendida atraviesa las antimoradas. El azote. El fuego. La palabra silenciosa pende en la gélida hondura.

La espada del guerrero emerge en la tarde del Espíritu. Mas la gran guerra había petrificado su sangre, vulnerando el horror y la valentía en el fragor del desprendimiento. Su palabra había muerto. Y a su profundidad había vuelto la espalda.

Es la muerte. Es la guerra contra la Guerra.

La verdad está más allá de la bondad y la esperanza.

La espada del guerrero sin memoria esplende en el ocaso. Mas su estatura se quiebra en el abismo. El abismo sangra en la estocada. Es tarde. Ahora es el dolor, la finitud, la clausura, el gélido silencio de las mutilaciones, que de pronto pronunciaron la única y última conexión con esa hondura.

Mi melancolía es el trasmundo que, como un río, arrastra los desperdicios espirituales del combate que no tuvo lugar, ni memoria. Las cloacas murmuran el peso de la infernal fatiga, en que la estatura humana se postra descerebrada.

El mundo es la finitud triturada de los huesos secos, la complacencia y el optimismo falaces, la mano que se extiende para ser cercenada por el guerrero que da la espalda a su abismo.

El mundo es el vacío que me consume.

*10 de junio de 1995*

## EL HÉROE DESTRUIDO

Nada había de este lado. Nada había en la otra orilla, excepto la mortal confirmación de la inanidad del mundo. Nada hubo al volver. El fuego del vacío me azota.

Soy el alma lacerada del héroe destruido. He vagado durante siglos, en busca del silencio. Mi voluntad de autoaniquilamiento se postra ante la santidad del Misterio. Toda mi vida he deseado morir sólo para ver el rostro de Dios, que el mundo hizo pedazos, y vivir en el Santo Misterio para siempre, lejos de la mentira, la impiedad y el escarnio.

Me duele el mundo muerto, me duele el héroe confundido con los nombres y las apetencias del mundo, me duele su ceguera, su mutilación, su odio y repugnancia en presencia del alma, que soy yo, que es mi mundo, mis palabras, mis dolores y mi memoria.

Mas el alma resurge para recordar su filiación con el Espíritu, que el héroe anhela, presencia y rechaza por última vez, al modo de la intensa recapitulación de una sinfonía. Así aguarda el último tramo del despeño que no volverá la espalda al llamado, a la memoria de la disciplina profunda que él extirpó de sí mismo, renunciando a dar el salto, muriéndose sus voces y sus sueños ancestrales.

Muriéndose.

*11 de junio de 1995*

## EL REGRESO

El sol de invierno atrae a los fantasmas, los insondables dolores transparentes, la fiebre lejana. Como si todas las superficies se adelgazaran, y la desidia silenciara las preguntas. O el moribundo entreviera por última vez el sol frío que ilumina las calles desiertas. El sol, el ojo, la tenue deformidad, la ruptura de nivel sellada en el cuerpo, desprendiéndose la retina del mundo en el marasmo, la torcedura y la nada.

Los muertos no se van. Los desperdicios se acumulan en la incomunicabilidad de los gestos. La soledad y la guerra. La fulminación y el llanto. El vacío, que es la sangre.

El sol arde hacia abajo. Como si el desposeimiento inundara las cuencas silenciosas, donde el río se convierte en arena, y la arena en los pasos del delirio.

Fiebre. Peso. Lejanía. Aurora.

Ahora estoy en los confines del mundo, más allá del amor y su fractura, escuchando el rechinar de los dientes arrancados al cielo. Crucé el río sangriento en la tronadura de mis días. Y nada hubo del otro lado.

El Demonio hunde su cabeza en la carroña desnuda.

La afirmación de la luz me convirtió en un ser oscuro. La convulsión violenta se gesta en mi frente como un látigo. Pues el linaje depurado en el horror y el vacío ha sido desterrado.



La interioridad de la materia en descomposición es este silencio: destello de un sol frío que pronunciara el sordo desprendimiento de las partículas de su núcleo. Así, la forma se esfuma, lo bello y lo sublime descienden, y un vasto crujido deviene el último nombre.

Es tarde. Escucho mis pasos en la calle tumultuosa. Los azotes del desprendimiento, los huesos enquistados. Una vez más, el descenso. Los otros son tan sólo la imagen múltiple de una transparencia sin alma, despojada de signos. El desprendimiento de la Eternidad.

Origen es muerte. La ciudad perdida me recibe como un regazo astillado de nombres. Y la filosofía es la última decodificación del abismo que sella lo humano, ungido por el Demonio en la explanada sombría de sus pasos.

Me he despeñado. Ahora, la guerra es mi único fundamento de sentido, mi única plegaria: el nombre de la derrota y la sangre, la Santa Ausencia de Dios, que me aniquila. Como si un universo pensante se agolpara en ese punto y estallara.

La inteligencia se acrecienta en la Nada. El cerco de mi destino se estrecha ante los umbrales, en la santa guerra de los ojos ulcerados, para dar cuenta del mal y de la muerte. Ésta es la única voz y la única luz.

*13 de junio de 1995*

## LOS AMPUTADOS

Mi mundo se acaba. Es la ruina y es el futuro. Una vez más, no hay amor. Sólo la hostilidad, la caducidad y el miedo. Sin embargo, nadie puede testificar que no quise vivir y dar lo mejor de mí.

Estoy en los límites de la inmisericordia, definitivamente a merced de la potencia asesina. Hay un mortal silencio, que es su señal: la aridez, el zumbido de la fugacidad nadificante, la escoriación de la presencia y la imagen. Ahora muero con lentitud, sin valía, como entreviendo el azote sin dignidad, la desmesura descendente, más allá de cuyo límite los felices se alimentan de mi sangre, mis cavernas, mis días espesos.

Frente a mí, la puerta humeante me torna transparente, estallando todos los acordes, las voces, las líneas que tiernamente ocultaron la promesa que no halló lugar. Para sucumbir, a la postre, de un modo humillante, exhibiendo mi carne abierta ante los altos descerebrados, con sus bocas ávidas de espasmos, elevaciones e intensidades sin camino.

Todo lo que queda cuando el Padre se ha ido, es el denso calor de los asesinos, los Amputados. Como si, desde abajo, yo hubiese emergido ávida de flores, y sólo hubiese encontrado dientes y uñas, muertos vomitando sin pudor su despreciable atadura biológica, que es su vivir.

Mas, como una vasta piel extendida, la potencia asesina expone venas y jeroglíficos parlantes. Hay animales rotos en las escaleras, los intersticios, las grietas. Hay manos pronunciando la grave caída, soledades pudriéndose en mi pecho.

La tarde me tortura, cubriéndome de harapos. Ahora sólo soy un gran ojo extinguiéndose, fatigado en el hastío y la locura desierta que profiere mi imposibilidad de fundarme, mi desesperación como una quijada gestándose en mi vientre. Una quijada inmóvil de oro y sangre, un aullido espeso como mi amor impotente. Un desierto descendente como mis susurros y plegarias dirigidas al Altísimo.

Me he secado. Ahora son los asesinos. Vienen por mí para no matarme. He de encender el incienso entre las piedras que rodean el núcleo, el eje, el grito.

Cuando todo fundamento desaparece, sólo cabe esperar la embestida furiosa de los asesinos, los Amputados.

Estoy en los límites de la inmisericordia, desheredada de toda verdad. No hay amor, ni lo habrá. Ya ni siquiera es posible sucumbir de un modo honorable, señal inequívoca de que todo sentido y pacto han sido abolidos. En el último confín de esta ardiente desolación, sólo cabe esperar la palabra muerta o la compasión estéril. La hostilidad de los falsos, es el testimonio de este absurdo: la total fractura de la realidad, la ausencia de morada.

Es mi presencia la que acecha en el adiós eterno. “Adiós”, en lugar de “Padre”. “Asesinos”, “Amputados”, en lugar de mi santo nombre oculto, que he de colgar como un trozo de carne rodeado de moscas, a modo de altar.

*16 de junio de 1995*

## LOS DONES DE DIOS

No brotan los estertores de Dios. Los líquidos se elevan como ojos, en medio de zumbidos. Es la guerra. Es el Misterio escindido. La palabra envilecida. Los amores muertos.

Surgen anhelos inconclusos, potencias, voces absolutas que estallan en silencio, despeñándose: la ternura aplastada, el golpe, el látigo. Y, más allá, la risotada de los caminos desiertos.

Los dones de Dios fueron escupidos, expandiéndose el fraccionamiento de los amores y el olvido. Entonces, surgieron las constelaciones del marasmo, en que las preguntas devienen esta mortal desesperación bajo el frío, las escoriaciones y los recuerdos.

La fractura está viva. El hueso bebe un licor espeso y arcaico, frío y lejano. La oración no cesa. Así, mi corazón rinde tributo al absurdo.

Los trenes se alejan, anunciando el peso de un futuro, veloz como la espina que me parte.

Los escoriados, los oscuros: los Amputados.

No hay un padre a quien enseñar los logros, la resistencia, el valor, la ensoñación y el despertar. Ahora, éstos sólo concentran el dolor provocado por la enfermedad profunda del Misterio.

Una vez más, me quedé a presenciar la muerte. Porque donde impera la palabra muerta, la muerte es la última palabra. *Sin retorno*. Sombria y añeja, como un niño suicida o una doncella fragmentaria y lejana.

Huecos por donde el silencio se desliza estallando, castigando, matando. La saliva amarga se tuerce impregnando mares amarillos. Es la enfermedad, la falsedad, la locura.

Pero esta guerra erosionada, perdida de antemano, es todo lo que queda.

El Padre feroz me llama. Ahora muero.

¿Por qué la Nada, más bien que la profundidad?

*26 de junio de 1995*

## LA INTELIGENCIA

### I

En sueños, la pesadumbre adquiere el rostro de una lujuria gastada y babosa. Como los miembros reducidos de la noche, entre pantanos y cerebros. Es la distancia fatigada de los demiurgos, rimada entre arreboles y ayes vacíos. Nada espera la mirada. “Ello dirá”.

El tiempo ha abierto una zanja en mi pecho, por donde el viento ululante susurra el crujido de las costillas y los recuerdos. Es el camino, el incendio, la fracción que oculta el estallido, como un beso ulcerado entre dientes y úteros. O látigos silbando y chillando: los niños descarnados del insomnio, la duda, los templos invertidos de la otra orilla, carcomida con furia por gusanos y ojos.

La palabra es un zumbido: los ayes indiferenciados del caos. Porque, traspasado el último límite, sólo es posible constatar la repetición tediosa, transparente e inane. El peso y el hedor de la acumulación de desechos: los sistemas y los amores.

La inteligencia se opone al amor. Pero se mira y se hunde en él, como en un cristal pavoroso y abierto, acrecentándose así, en póstumos umbrales sin atmósfera ni presencia.

Pues, más allá del amor, estuvo el vacío: los ojos arrancados, la abyección que encarna lo femenino, arrastrado al desfondamiento por la naturaleza desplegada en dientes y uñas, que ultraja a

las vírgenes entre abortos, alucinaciones y soledades remendadas.

El vasto anhelo azota como una cruz descabezada. Es la Nada. Es la herida. Es el pavoroso silencio desentrañando la naturaleza, lo humano y Dios escindidos, exhibiendo la herida purulenta y tardía que nos mira con hambre y amor.

Es la trascendencia como destrucción.

El ser humano aspira a reunirse consigo mismo, con sus creaciones, con las cosas. Mas la muerte es el correlato de su inteligencia.

Ya no hay retorno: el dolor se seca frío, desfondado, completamente blanco. Es el anhelo constitutivo de un rayo sombrío atravesando el aliento de la inteligencia, en busca del corazón vacío de la realidad, el sí-mismo, la inanidad, el absurdo. Incoercible como un vertiginoso avance en la fatiga existencial, coronada por la pregunta que acusa la distancia ineluctable: *¿para qué?*

La inteligencia se devora a sí misma, como una criatura bastarda en la ilusión de autoconstituirse, en cuyo camino se reconoce degenerada, desprendida y pesada.

Pues es Dios mismo, partido dos veces, devorándose: la fractura, la ferocidad, el silencio.

## II

Es la hora de los cortes, la sequedad y el duelo. La distancia es un susurro vidrioso en el cerebro, la opacidad y el silencio de abajo, sembrando escoriaciones y piedras.

La luz de la provincia es el tumor que enturbia el aire, acumulando trozos de muerte.

El retorno es la distancia. El desierto abre el ojo dentro de la montaña, descubriendo la negra materia del descenso, el revés, la torcedura, las bisagras partidas. El hastío gangrena toda pretensión de asentamiento en un yo humano: la afirmación y la fe, las distinciones funcionales a la autoposición y la vida. La fatiga, a la postre, exhibe la dentadura carcomida por el peso, la dignidad y la fuerza del descenso.

La negación es la lucha. Pues el mundo debe ser destruido. Esto supone la fe en un yo inhumano: el sol negro que desciende y desciende, sembrado en el destierro.

La lejanía es el retorno. La imagen plana, como las cosas y los días. Así, la soledad se cierra en reductos inarticulables, renunciando a formar parte de la vida aceptable. Ahora, la fatiga es esa distancia y esa renuncia. Y es el tramo corrosivo que sólo aspira al cese de todo deseo y necesidad: el ojo que, desde la altura despeñada, ve la realidad brotante y su promesa de hundimiento.

No hay otro. Sólo un crujido, un golpe de huesos estallados: el aquietarse de la realidad y su brotar absurdo —sin rostro, ni nombre. Sólo los dientes rojos del crepúsculo: el escarnio, la zozobra, el silencio como un zumbido, un latir de abajo entre las tronaduras del cerebro, un meteoro crispado y estéril.

Los Amputados no miran el mundo de frente. Se aparean con él en las esquinas, las cloacas y los escritorios. Líquidos sexuales llueven como ácido y ojos en el último extremo: el estallido purulento del amor y la carnicería. Los Hijos de la Tinieblas embadurnan sus cuerpos y sus moradas con el excremento de la lujuria.



Los lúcidos se arrancan los ojos. El sol negro bebe la sangre de los escoriados. Ulula el viento en la soledad marmórea de la última puerta. El fuego no cauteriza sus heridas.

Sólo desaparecer, volar como las partículas de las rocas erosionadas por el viento, extinguirse, desintegrarse. Borrar la fisura, el nombre y el día. Ser infinito como la Nada. Ser el destierro, para dejar de sufrirlo.

*17 / 23 de julio de 1995*

## LA GUERRA

El hielo verdoso refulge, cuando el Maestro se va: la soledad es la exposición a lo insondable. Visión y vértigo de lo inmenso. Fuego. Agua. Aire. Abismo. La guerra transcurre como desprendimiento de lo Eterno. El Maestro culmina doloroso en su antípoda: el duro guerrero despeñado.

Silencio. Las voces afirman la visión y el camino. La melancolía no puede vencer a la bestia. Mas la desolación y la profundidad, el vértigo y la espesura de los elementos, devienen un instante absoluto.

Las violadas rasgan el cielo con voces de espanto, acusando el vértigo, el desfondamiento, la guerra, el suicidio instalado en la cabellera de las niñas, que sólo desean morir, como el mundo fatigado que las usurpa.

Hay huesos. Hay un zumbido otro de zanjas, oscuridad, y grandes explosiones lejanas apuntando a un día ciego. Y un amor inhumano como el desprendimiento de la dicha. Soledad: los hostiles revelan la subterránea cuerda ensangrentada. Los mares restallan el destino sin retorno, como en una pendiente invisible que soportara el fuego y el vacío.

El abrazo del alma culmina en el descenso. La desesperación se incrusta como una joya sangrienta en el vasto corazón desconocido. Vacío codiciado por la lujuria de los Amputados: simiente desnuda, como las vírgenes intocadas en la muerte.

Sin reveses se expone la luz que agrieta la coraza de los muertos.

El linaje se oculta como una tempestad en las retinas. Los inanes se aproximan con armas purulentas. Se llevan el sonido, las palabras, la convulsión atormentada del núcleo que, a la postre, pondrá frente a ellos la transparencia ácida de una sangre sin sepultura, reunida entre jirones de burdeles, urinarios y discursos.

La soledad es Dios, sangre estallada en los abismos.

La Guerra. Sólo la Guerra.

Al sondear el mar oscuro, el hielo verdoso refulgía.

La afirmación de la conciencia que se reconoce a sí misma, es el oro rodeado de sangre. Desgarradura. Distancia. Desprendimiento. El yo es el dolor del nombre y del ser: la guerra librada en el extrañamiento total, allí donde sólo el cuerpo y sus zonas de misterio, la desnudez y la crispación de la luz, toman parte en la batalla.

Sólo quedan los miembros soterrados de la completitud, como una promesa esbozada en los claros ojos del moribundo que presencia la inhumana densidad del fuego y el agua, como si naciera.

“Los dioses y los hombres honran a los muertos en batalla”.

*26 de julio de 1995*

## LA HUMANIDAD NADIFICANTE

Los fragmentos silenciosos no cruzan la línea. No pesan. No pasan. Por eso, la interioridad de las cosas se desvanece en el extrañamiento. Y el mutismo se cierra como una luz sagrada y sangrienta.

Las puertas más estrechas se cierran tras el cruce vertiginoso. Y el relieve se torna transparente e inhumano, como si la multitud despeñada y sombría de los mundos cesara.

Siento el dolor de la deformidad en el descenso, como si mi cuerpo no fuese más que una mancha en medio de imágenes partidas, descerebradas: sin nombre, ni fuego.

No ceso. Mas la distancia se agolpa en mi frente, como una luz ácida y reptante. Los otros códigos, anhelos y estados, devienen incomprensibles y vanos. Es la señal del desprendimiento último, de una soledad ulcerada como las cosas. Y sólo mi incompatibilidad con la vida y la naturaleza ha de permanecer en la criba, a modo de residuo. Pues la música de esos lenguajes vitales pareciera trasuntar la perturbación de inhumanas fuerzas, como en una venganza silenciosa y vacía: una explosión, un grito esbozado por bocas esparcidas, una maraña de sangre entre amores falsos.

Vida. Naturaleza. Creación. Fe. Esperanza. Amor.

Adulteraciones.

Mis ojos sólo oyen el crujido de la morada carcomida de liendres y escupitajos: animales serviles ante una fuerza ciega, cuyo núcleo se ha desintegrado. La Vida se reproduce a sí misma

con la pesada desazón de un mecanismo espurio y abandonado, petrificado como la milenaria luz de los astros muertos. Y la vida humana es la mueca sombría de ese mecanismo roto, la burla, la renuncia y el silencio de los dioses tarados.

Humanidad. Naturaleza. Dios. Nociones angulares de la podredumbre. La farsa continúa, en virtud de un dolor residual, frío y transparente, como una joya olvidada o una lucidez sin espíritu. Ciego, como la larga luz esclerótica de las estrellas desterradas.

Demasiadas calcinaciones sin destino. Demasiados dioses despeñados. Demasiada esperanza y fe en la Vida suicidada. Los ejes se partieron mucho antes de que la desesperación fuese el único rostro humano.

La deformidad vulnera las ilusiones acerca de un mecanismo muerto. Pues los signos vitales y la capacidad reproductiva humana son el asco de la Nada: sólo un montón de desperdicios apareados. La peste, la ruina de todo lo sublime.

*28 de julio de 1995*

## CAOS

El abismo aéreo cierra sus fauces, cuando el cuerpo transparente zumbidos y cruces. Están vivos, y permanecen lejanos en el agrio estertor del conocimiento. Por eso, al cerrar sus fauces el abismo, sólo se acumulan desperdicios, que miran y dan cuenta del mundo. Y, como un misterio ultrajado, es remendado en secreto.

La fatiga es el zumbido de la infancia. El absurdo había inventado una voz incesante, a falta de voces humanas. Pero, una vez más, fue el silencio, después de haberse tendido los puentes y declarado las promesas.

Siempre vuelvo a ocultarme bajo las fauces cerradas del abismo. Allí están las frías transparencias de una noche muda, que eclosionan al modo de los astros. Volverán a abrirse, seducidas por lo que aparecerá, para volver a vomitar el secreto de su inanidad: la luz como apuesta al fracaso, el conocimiento como trasunto de la nada.

El tedio es la huella y la venganza de Dios. Vestigios arenosos como mis venas, flores quebradizas en una matanza mínima. La inmensidad distante que yo hubiese querido rozar siquiera, para luego desaparecer. Pues, a la postre, el destino de toda manifestación es su trivialización, la más abyecta forma de morir, que aquí es sucumbir, perecer, anularse. Es el morir humano y asqueroso.

El ritmo se hunde con una profundidad contrahecha. Ahora, los dedos y el cerebro buscan los ojos de las cosas, un espejo que dé cuenta del hombre. Mas las cosas lo han deglutido, rompiendo los espejos y las señales, estallando el abismo. El universo da

cuenta de su naturaleza perdida pudriéndose en el cúmulo de sus invenciones: réplicas de sí mismo, como úlceras en la oscuridad y los bordes que acusan el fracaso, el oprobio y la enfermedad.

El silencio es el despertar del alma al despeño, el follaje que resuena incrustado en las paredes de las galerías, como el dolor de la renuncia y el descascaramiento de las “ansias colosales”.

Al menos, los monstruos me miran, desde fosas inauditas.

La muerte de Dios es el juguete de la muerte del hombre.

*6 de agosto de 1995*

## **“AMPUTADOS O LOS HIJOS DE NADIE”, UN NOMBRE PARA LATINOAMÉRICA**

La luz no es Dios, sino la pedantería de los ciegos, los padres que usurpan la fisura rellena de cadáveres y cosas, tapándola.

Seres descascarados exhibiendo la tierra baldía, la torpe esperanza de la multitud descerebrada frente a los dioses lejanos, desplegada en la reproducción mecánica de los “hijos para la patria”, entre excrementos, polvareda y lodo.

El derramamiento de sangre otorga poder a quien lo ejecuta, y a quien lo ha pensado antes de quien lo ejecuta: la tierra baldía es ahora la gigantesca explanada de los sacrificios, la esperanza de plástico, la inmolación de los hijos en altares invisibles. La tediosa repetición de lo mismo. La sangre que impregna los ojos y la lengua.

Soledades. Partes de cuerpos en lugares olvidados, identidades sin interioridad, amputadas de un suelo y una altura, divididas contra sí mismas: espejos de los dioses amputados que las precedieron.

No es la juventud, no es el éxito, no es el desarrollo, no es el progreso. *No es.*

La impostura de los padres es el vacío de los Amputados. Los Hijos de Nadie se multiplican como plantas parásitas, como órganos ofrecidos al sol negro que devora y pervierte los nombres.

*Segundo semestre 1995*



## LOS HIJOS DE LA INCÓGNITA

Los lugares ostentan apéndices, precipicios, larvas y órganos deslavados por el ruido. No hay luz, ni precisión bajo la piel expandida. El hálito no se enciende.

El furor es la abertura. Nada. Nada. Es la escoriación. Es la mirada. Es la luz de la convulsión sanguínea.

Se pudren los niños muertos.

Imágenes sin final. Un largo antecedente sin caída, como un paraíso ultrajado.

Pobres niños muertos. Pobres respuestas sin pregunta. No eran los elegidos, sino el trasunto de una risotada obscena: los ojos triturados de la incógnita que cae, como dientes impregnando la sangre.

El rostro de Dios se parte, como los núcleos. Anochece. Los hijos se pudren, como el aire invisible que tuerce la voz.

Nada. Nada. Es el mundo. Es el zumbido. Es la oquedad arenosa de los sabios.

La soledad desciende entre las fauces. La piel aterida se muestra exudando la noche. Las palabras inauguran la trizadura de las máscaras. Mas ya no hay aullidos. Sólo el mudo conocimiento del vacío.

Los huesos rotos no disciernen la pregunta, la raíz, el fuego negro de los precipicios que socava la falsa completitud de los Amputados.

El vacío mata los órganos, las partes, los ídolos descerebrados, la voz de la embriaguez parasitaria. Como un licor de fatuas carnes astilladas y lamentaciones de cortes ortopédicos. O llagas usurpadas a un cielo desfondado.

Silencio. Profundidad. Nulidad. La mirada absoluta.

El estallido incendia el aire, interrogando. Los Amputados aúllan su fría ortopedia, su solemnidad parasitaria, su fuego estéril.

Pobres niños muertos. Se pudren como el cielo. Se pudren como el mundo. Se pudren, como transgresiones deshuesadas entre vómitos, versos trasnochados y mal vino.

*8 de septiembre de 1995 / 8 de abril de 1996*

## EL ETERNO FEMENINO

Transparencias envilecidas exponen este transcurso de venas retorcidas. Es el vacío. Es el amor sin noche.

Como si ya nada se agrandara, el tumulto se arrastra devorando la herida. Ya no se elevan las voces. Ya no se tensan los músculos.

El mundo muerto es esta proliferación de lenguas partidas, células como niños asquerosos, espejos rojos, úlceras parlantes, estatuas cerradas que muerden el abismo.

Los mantos sutiles se hunden en el cielo pedregoso. Las cosas van traspasando los sonidos. Ahora se nombran y se abren como bocas, en los techos y las calles sucias de la derrota.

El hundimiento del Espíritu degenera en silencio y marasmo, divertimento o lujuria. El vacío es el dolor sordo de los cristales. La deformidad. La marca de la lucidez. Los ojos ciegos de la verdad. Los labios callados de la muerte.

Todas las luchas se disuelven en la fatiga de las palabras.

Me hundí junto al Espíritu. Sólo presencio los escoriados mundos del final.

Pero, después del final, no cesa la mirada. Después de la derrota, viene la esclavitud, el destierro, el aprendizaje de la cobardía. Y el mortal silencio, que ahora se tiñe de espanto. Después del hundimiento del Espíritu, los Vencidos deben postrarse ante la falsa dignidad de los vencedores. Y dejarse devorar y cortar

por la luz desolada del vacío que no consentirá ser mirado de frente, sino sólo a través de la espuria dignidad de los falsos, los asquerosos, los Amputados.

Los dioses negros perdonan mi vida en esta morada de transparencias rotas, como cáscaras o abortos. Este horroroso destierro entre cavernas de plástico y ungimientos excremenciales. Este perdón, esta oportunidad de sobrevivir y agradecer la humillación de existir. Este camino, este largo suicidio en profundidad, es el epílogo de mi fracaso. Mi última morada tenía que hallarse entre niños amputados y vínculos sin raíces, ni nombre: excrecencias espirituales de una lucidez sin amor, ni huesos.

Vida. Amor. Verdad. Humanidad. Conceptos sin profundidad, cuando la femineidad es vacío, desentrañamiento, usurpación, o exposición abyecta.

Dos modos de incompletitud radicales: el vacío del Espíritu y el vacío de la trituración, la abolición de toda profundidad y significado. El cuerpo permanece otro, sin ser restaurado.

Los dioses negros tocan el vientre que pare la muerte. El Misterio se nubla. Las entrañas quedan al descubierto en la ausencia de morada. Y la clausura y el silencio ya no son la castidad, ni la espera de un fundamento de sentido, sino el sordo aullido del desfondamiento, la locura de los Amputados, su complacencia en una humanidad nadificante, su postración ante los dioses de la vulgaridad y el hastío.

*10 de septiembre de 1995*

## “MURIÓ LA VERDAD”

Alas ensangrentadas en ígneos huesos, aullidos e intersticios, e inmensas masas sonoras abriendo sus fauces. He ahí las inefables cosas que nos retuercen, arrebatando a los espectros su cuerpo, coronando sus signos las úlceras, los ojos y las astillas.

Los nombres se secan en atómicos amaneceres, restallando la furia, incrustados los dientes en el árbol muerto, donde los escogidos abrieron su memoria soñando el vacío, el agua y el adiós.

¿Hacia dónde va la luz aterrada? ¿Hacia dónde los incommunicables dolores?

Los muertos pululan bajo el sol partido. La vida se exhibe como el ojo, que abre sus fauces vomitando la verdad y el tiempo.

Más acá del tenebroso amanecer, el Espíritu cuelga como un nervio desnudo, acrisolado en la vasta vejez del espanto y la derrota. Ahora, las úlceras hablan de nuevo, preguntando por ígneas alas entrevistas de este lado de la noche, cerrando los misterios, bebiendo el vacío, el veneno, las alturas inconmensurables que matan el fuego en la soledad y el fin.

El mundo silencia sus goznes tras el desquiciamiento. Inconmensurables masas sonoras me miran desde el centro del mal.

El cuerpo electrizado por la duda golpea, derribando los puentes.

La santa ira es la ocultación de la verdad, su retorno al regazo de lo Inefable. Allí donde los Amputados no penetrarían sino

para conmoverse en su propia sangre, si tuviesen valor para ello.

La derrota de la verdad es la consunción de los nervios, la tortura de lo Inefable en su mortal distanciamiento, pudriéndose los nombres luminosos del falso delirio, las puertas horrorosas y, para siempre, las fauces desmembradas de los sonidos expuestos.

Todos los terrores atraviesan la cúspide. Y, más allá, ¿qué nervios permanecen, qué estrépitos, qué golpes mortales?

Dios se parte dos veces, preguntando por la pregunta. Dios vuelve a su regazo. Y sus hijos amputados sellan su camino con fuego, levantando la última imagen de su ira.

Se van los astros. Se va lo Inefable, abandonando la Guerra. El doble se disuelve en la tardía, tediosa y cotidiana muerte de los Vencidos. La polémica no resuelve en el Misterio, sino en los espectrales abortos del hastío.

Solos en la ira. Solos en el tedio. Solos en la verdad amputada de lo Inefable.

*6 de noviembre de 1995*

## ADIÓS A LA MÚSICA

La interioridad amputada no reconoce ya su sangre. Los demonios son secos. Las madres se disuelven en las sordas encrucijadas. El sonido no se enciende. Ahora, los goznes del precipicio han de estallar hacia dentro y hacia abajo, siempre hacia abajo, entreviendo los astros, los planetas olvidados, los espíritus últimos.

Ya no canta Dios ante las puertas: los templos eclosionan en un silencio estéril, allí donde la fugacidad es el tedio de los vacíos. Ya no canta Dios, ya no resuenan los velos intactos, las vírgenes cristalinas que bordean el oscuro centro. El tiempo vence al sonido. El tiempo es la noche ultrajada del destierro.

La ráfaga ha abierto los quicios. El doble se constriñe en la derrota, tensándose las cuerdas que han de estrangular lo Inefable. Los restos se pudren en las trizaduras, los intersticios, las horas despeñadas. Y el destino se cierne: excavar los endemoniados desiertos en la noche parasitaria. Padecer la torcedura de las extinciones, el ingenio estéril de los falsos demiurgos, la opulencia fragmentaria de la ciencia ciega.

La Guerra me arrancó los ojos, alzándose el gran fuego que mató el sonido, el único. Y mi conciencia impotente no puede ya reunir los trozos, ni los trazos, aglomerándose los dientes en la magnífica quijada del cielo hendido. La Guerra me vive y me muere, sin el sosiego de las fronteras inexpugnables, o Dios cantando ante las ruinas. La Guerra me mata y me enciende, apurando mi propia sangre en mi garganta muda.

Ahora la Guerra es todo, pues lo he perdido todo. Es la Guerra y es el terror impotente de los lúcidos, atrapados como

vastos espíritus en la sorda derrota del camino que se hunde como los mundos y los pájaros, y las eternas vírgenes desfondadas y fragmentadas por la muchedumbre última que escupe el rostro de los héroes y los santos.

Nada pueden los mares, ni el vasto sol, contra mi mundo muerto, que siempre vi tras de mí como un fantasma, como un alma balbuceante que se despidiera sin dejar rastro. Nada pueden las almas contemplativas contra mi fracasada voluntad de señorío sobre mi mundo, sobre los tenues sonidos, sobre los demoníacos desiertos de la muchedumbre parasitaria y horrenda.

La soledad es el fuego que mata las visiones y los cantos, para ver el mundo de frente. Entonces, adviene la derrota. Y también el suplicio, el espanto y los grandes ojos para la muerte.

El precio de la luz es la muerte. Sólo la muerte. Cuando Dios cesa, sus desolados hijos nacen para presenciar la muerte. Nunca para recibir la misericordia.

La ausencia de Dios es la Guerra, la eterna agonía difamada, desterrada, envilecida entre dientes, ahora que el Espíritu se agrieta, exponiendo la radical fractura de sus hijos despeñados.

Los astros cesan.

El sonido cesa.

Mas el fuego permanece en los hijos y los ojos matando, invocando, desterrando.

El ocaso y el silencio de todo gran espíritu es como la portentosa muerte de los astros que, en su ígneo cesar, hieren, matan, invocan, conminan y aman a Dios.

*10 de noviembre de 1995*



## EL INFIERNO

El terror crece en las médulas, como Dios decapitado incinerando muertos, entre lúgubres cantos anunciando el día de la ira que ha de decapitar a sus hijos.

Graves desiertos, lejanías inconmensurables, presencian los valles tristísimos, planicies ensangrentadas por los demonios, mandíbulas y ojos arrancados como obscenas risotadas afirmando al ángel de la lujuria.

La sangre impune impregna el cerebro, torciéndose.

Es el veneno de las falsas guerras, incendiando el terror y la furia de los mundos estériles, allí donde el sexo de los adolescentes crece hasta reventar vacío de asco, sangre y desperdicios.

Los huesos callan, quebrándose como el silencio de Dios decapitado. Me matarán desde dentro, como el amor anhelante del crepúsculo.

Mas morí antes. Entonces, mis ojos se abrieron en el mal, la derrota y la muerte. Morí antes. Ahora, la realidad es el abismo que se llena de sangre, las mandíbulas abiertas bajo el sol, los miembros partidos del sacrificio obsceno. Como las visiones de los hijos mortales y los versos crepusculares de los seres últimos, que devoran la cabeza de Dios con el frenesí y la devoción de graves bestias humanas.

El veneno ha despertado a los demonios. Ahora es el Infierno. Las miradas se cruzan con cruel lujuria. Los cuchillos se abren, exhibiendo los filos. He ahí el umbral de los muertos, la resurrección de la carne.

¿Por qué la condenación de mi alma al Infierno? ¿Por qué el inextinguible fuego de la ira? ¿Por qué los desperdicios y las falsas preguntas?

Retorno es muerte. Umbral de condenaciones maduras. Destierro. Mi mundo ha muerto. Y, sin embargo, no puedo recordar el día de mi propia muerte.

Los mundos yacen trepanados, como cabezas murmurando secretos, o versos de traición y escarnio sin hondura.

La ira de Dios yace quebrantada. Como los hijos espurios de su nombre, perdió su camino. Estalla a la deriva, junto con los atómicos estertores de un cielo interior, clausurado y maldito.

*La muerte es no ser comprendido.*

Los impotentes hijos del Dios que cesa, nacen para presenciar el mal, la derrota y la muerte. La luz del conocimiento y la verdad arranca sus visiones desde dentro, destrozándolos en un dolor absoluto.

*15 de noviembre de 1995*

## EL *THELOS* DE LA FILOSOFÍA EN TIEMPOS DE OSCURIDAD

Puertas deformes en los quebrados ciclos de la memoria y los infiernos. Puertas deformes —no se abren, ni se cierran—, anunciando la lentitud del colapso, patente ahora en el núcleo de la encrucijada de la luz y la muerte.

El transcurso se hace transparente. Pero la interioridad se cierra oscureciendo el mundo, doliéndose el secreto en el crepitar distanciado de las confesiones amputadas. Ni resonancias, ni espejos. Sólo baluartes de la desidia, la complacencia y el hastío.

Pues los vastos y antiguos pavores fueron quemados. Mas su crepitar hizo patente esa desolación de confesiones últimas, en lenguas anteriores al crecimiento, como un oculto hilillo de sangre.

Signo de los tiempos: bocas negras, mandíbulas triturando intersticios, cuando los mundos se han cerrado deformando sus puertas, y la palabra deviene silencio de estériles habitaciones, en que la inteligencia del alma ha colapsado.

Pues no había, en realidad, interlocutores. Ni había mundo.

Ahora despierto del espurio y agreste simulacro, como si no hubiese sido testigo de mi muerte y, sin embargo, un horroroso corte hubiese tenido lugar al interior de un mundo que desciende, en la quietud luminosa de la ceguera y la agonía.

He regresado de un largo viaje a un lugar extraño. Un páramo, un marasmo. Acaso un último umbral, que la elaboración de una confesión póstuma pareciera exigir: sin voces, ni testigos.

He regresado de presenciar los rostros de la muerte —eternamente subsumidos—, acaso para pronunciarla ya sin mediación alguna.

El último tramo es el de la lucidez y el miedo: la inteligencia acrecentada en la Nada. Porque su huella es todo lo que queda cuando el mundo se acaba, y la inteligencia se quiebra contra su raíz más profunda.

Los santos hijos del Dios que cesa, nacen para presenciar la muerte en un mundo que los mira —como puertas deformes— despeñarse contra sí mismos, y decapitarse contra los azotes y la dureza de Dios extinguido, al que ninguna agonía sincera podría ya resucitar.

Por eso, ya estamos muertos.

En este último tramo, esta Pasión adulterada en que el ser no puede ser testigo de su amputación, la conciencia comparece ante sí misma, para dar cuenta del despeño, el escarnio, la trituration, el silencio de Dios.

La filosofía, que ama y busca la luz de la inteligencia en las profundidades del alma, realiza su plenitud en la ausencia y la aniquilación. Y no en la edificación, ni en la danza, que una vez más volverían a subsumir lo intolerable: la obscenidad, la inanidad, el horror.

*27 de diciembre de 1995 / 20 de abril de 2002*

## LA MÚSICA

Soledades sin memoria cuelgan como ríos parasitarios y fúnebres fronteras, abriendo falsos escondrijos. Soledades del trémulo exterminio parten el ojo en las altas ciudades, adorando el frenético vértigo de la nada, donde toda narración es fatiga, tiempo sostenido en visiones astilladas y obscenas.

¿Cómo llamar, entonces, a la sima del descenso? ¿Cómo tocar esa Nada traspasada en fugaz intersticio de la memoria que se cierra?

Las fisuras bordean el aire como sordas miradas, rasgando velos invisibles, aplastando insobornables precipicios.

Ya no es el vértigo, sino el rechinar de los pesados goznes en el destello furioso del adiós.

Tarde en la vida el distante amor, ahora que las puertas se han cerrado, convulsionando en la feroz fatiga de la luz sin retorno.

¿Hacia dónde va la muerte, hacia dónde el amor?

La fatiga y el miedo deambulan, como jirones y ojos remontados por el viento, en crepúsculos descendentes y calles torcidas, impregnadas de voces y mordeduras.

Abajo, la roca muestra su fondo inane. Las explosiones menguan, a medida que la bondad y la esperanza retroceden ante los huesos fracturados de la verdad.

La verdad que mata el amor.

La inteligencia que deviene vértigo, silencio y escarnio.

La música cesa para quien ha escuchado el golpe del despeño. Pues el sonido del intérprete es finito, como el cielo estallado de los santos hijos de Dios, partido dos veces.

Tarde en la vida el amor, ahora que la luz de la verdad se petrifica en hondas arterias sin rostro, desde un silencio otro. Allí donde la inteligencia es la cifra de lo intolerable. Y la fatiga, el cuerpo de la nada.

Rompió con el mundo y rompió consigo mismo. Escuché, entonces, el sonido del cesar, el sonido de abajo. El Tiempo, que es Dios, en el azote de sus hijos mudos e inanes.

*13 de enero de 1996*

## EL AMOR Y LA INTELIGENCIA

Reptiles en el cerebro. En un océano de sangre y circunvoluciones, los invisibles espasmos de la muerte. El tedio desfonda los espacios. El espíritu cuelga como mundos abiertos.

Reptiles. Las cámaras se cierran, absorbiendo los signos de la memoria: nada había más allá de la frontera. Sólo el colapso de mi verdad sin retorno.

¿Para qué decir, pronunciar, expresar?

Las convulsiones residuales de la vida exigen el testimonio cerrado, a la postre. Mas no por ello invisible.

Mi dolor se ha partido: el fruto de la lucidez es la esterilidad, no la creación.

Nada humano se reproduce. Sólo los despojos del amor y la esperanza: conceptos edificantes para un mundo arrancado de raíz, el mismo que odia su reflejo en mi vida perdida.

Es tarde. Ya no es posible recibir, ni esperar. Las explosiones son tragadas por los reptiles. El tedio sacude las zonas inferiores, como fugaces destellos y promesas de abortos. La belleza clavada ante tardíos espejos se crispa en un horror incommunicable, cuya cifra es este sol espléndido que desnuda la decadencia y el instante de la fractura anunciando el desprendimiento, la ceguera y la crueldad.

Yo vi morir el amor.

El pesado vacío ha ultrajado toda belleza. Pues la verdad es

el tedio, la destrucción, la derrota y el mal.

¿Hacia dónde van, entonces, los cuerpos del vacío, hacia dónde la inteligencia despeñada, hacia dónde el amor partido?

Yo tenía la tierna voz del susurro y el hondo amor que traspasaba el silencio. Ahora, sólo tengo la luz del despeño, el silencio de abajo, la inteligencia que es la muerte. El negro rostro de Dios devora a sus hijos en este vasto final sin bordes, que hemos de apurar bebiendo nuestra propia sangre, colapsando en aullidos imperceptibles, nadificándonos.

*14 de enero de 1996*



## EL MUNDO ROTO

Umbrales rotos durante oscuros instantes en que el decir se pierde, temblando el aire como mandíbulas de odio, destronando la vida, obedeciendo al azote.

Los otros espectrales son este exilio, este silencio de preguntas quebradas.

El miedo me ha roto.

El amor está en las quijadas, en este desfondamiento que cubre la carcajada y el hastío.

Como los rostros de la muerte, Dios vomita la sangre de sus hijos. Las luces amadas se despeñan contra cruces sordas. Todos los sepulcros: nuestro Padre, nuestro amor. En la ternura, desgarrados de la promesa. Arrojados a esta fosa de cerebros y zumbidos.

Desperté, entonces, del otro lado. Y el discípulo había matado al Maestro, al amor, a la música y a Dios. Los otros espectrales, los mundos, en que las heridas se hacen profundas, se tensaron hasta tronar los reptiles.

Nada había del otro lado, excepto los espurios fantasmas del Maestro. Nada, excepto la muerte.

Tarde en la vida, el amor, que es el doble de la muerte, reflejo de torceduras y amputaciones rezumando la sangre del despeño.

Tempranamente, los mundos colapsados se incrustaron en mi cerebro como reptiles. Ahora, el tiempo es esta línea absurda

que el amor no podrá abolir. Pues su núcleo negro es desfondamiento, exhibición, pudrición y abyección.

La misericordia no puede reunir los miembros, ni cerrar las obscenas heridas. El cesar es la profundidad del vacío. El amor sólo puede iluminar, señalar, escupir y desaparecer.

Tarde en la vida, el amor. Tarde en mi vida, la vida. Me he roto en ella. Me he desfondado en el amor que no existe. He acabado conmigo y con mi mundo. Nada puede el amor contra la muerte. Nada puede, cuando la propia muerte no tiene palabras, y cuando este hecho ya nada significa. Cuando no hay testigos.

El amor sólo puede desnudar mi propia muerte. Nunca salvarme.

*14 de enero de 1996*

## EL AMOR Y EL MIEDO

### I

¿Hacia dónde va el hondo amor arrebatado? ¿Hacia dónde la última visión del moribundo?

Era toda mi vida en la abierta convulsión del alma, impregnada de estertores mortales como astros caídos. Toda mi vida y todo mi amor atrapados en el silencio que acusa la ruptura, el desfondamiento, el extravío. Todos los mundos exangües, de una vez y para siempre en el punto cero de la verdad. Allí donde el terror es la cifra del vacío, la traición y el asco. De una vez y para siempre, los alcances de mi destrucción y mi ignorancia.

¿Hacia dónde van los fragmentos del alma en el feroz extravío? ¿Hacia dónde la vida amputada?

Yo me extravié tras las puertas, en la lenta agonía de los mundos y el sentido silenciado, en un despeño sin rostro. Mis dones se los llevaron los demonios, en el inútil esfuerzo por amar, vivir y creer. Para así ser el ser que para ser ha de ser desentrañado y expuesto: la mísera finitud del espectáculo, en que la imagen y el sonido mueren.

Así me perdí en los tentáculos del Infinito, en una Guerra muda, que ahora es el Mundo, el Sentido, la profundidad de Dios. La trama donde las mutilaciones y la muerte son los signos del convulsionado descenso a un dios extraño y violento. El único Dios y la única imagen.

Ahora soy como los ángeles vacíos de todas las guerras y los horrores, como los residuos de los falsos dioses que me emponzoñan.

Era la promesa del vasto sonido. Era la plenitud de los mundos resonantes: la antigua flor inmóvil que contenía mi nombre. Eran los discípulos consagrados, la simiente, la promesa abierta al mundo, en amor y gozo.

Ahora es el descenso, cuya impronta es el rostro deforme del vasto anhelo que se parte, como este amor en tinieblas.

Ha colapsado mi vida en el desprendimiento, la distancia y el adiós. Ha colapsado el tiempo en la mudez del sonido desfondado. Ha colapsado el mundo en el destierro. Ha colapsado mi amor en esta larga muerte que me mira, como la luz afilada de Dios mudo.

“Cabe esperar SÓLO la ignominia, el oprobio. No hay otra alternativa. Ése es el camino de los Vencidos. No hay otro”.

Pero el joven suicida también habría declarado: “Yo he nacido para el amor”. Y éste es el sonido que muestra la clave del absurdo, como la obscena voluntad de Dios loco. Éste es el último sonido, la última sentencia que cabe aprehender en el estéril aprendizaje de la lucidez, la inmisericordia y la ausencia. Pues “Yo he nacido para el amor” es el envés del “punto cero” (“el punto en que debe definirse si nuestra existencia tiene sentido o no lo tiene”).

“Yo he nacido para el amor” en un mundo muerto. Éste es el más alto grado de lucidez, la cima de lo intolerable, el signo que acusa el rompimiento de Dios con el mundo y consigo mismo. El signo de un anhelo vasto y despeñado, radicalmente desolado, como Dios mismo en su fractura, que es la fractura de sus hijos.

El terror, la Guerra y la destrucción de los cuerpos.

Yo he nacido para el amor. ¿Por qué, entonces, el mal, la aniquilación, el desamparo?

El amor y el miedo. Como lentas marañas de residuos y costras, como trasuntos de un hondo marasmo tras el diluvio de sangre y fuego, he allí las latentes escenas de dolor y hastío. Los demonios y las decapitaciones. El hondo crujir de dientes y la cifra de la única, verdadera y definitiva fractura que destruye las formas: el amor vencido por el miedo.

¿En qué punto, en qué instante de la pregunta se clavó mi vida, dejándome?

Soledades y entrañas expuestas han vaciado el mundo. El miedo me ha roto aplastando mis dones. Ahora soy la voz de esa fractura, para la que el despliegue, la trascendencia y el sentido están vedados. Es el finito sonido del intérprete que se ahoga. Es el amor azotado. Y es el destierro a un mundo irredento, “el camino de los Vencidos”.

Me duele este amor tardío, que es la visión del pavoroso abismo que me cierra, el destello del Otro en la agonía del moribundo. Me duele la amputación de mi alma. Me duele esta lucidez irredenta que se repliega en sí misma, esta lucidez despeñada del retorno al origen, que es la muerte.

Me duele este amor tardío que acusa la fatiga de mis dones. Me duele mi amor perdido, mi amor manchado. Me duele mi amor quebrantado, este torturado abrazo del alma, que es todo lo que queda de mí, de mi vida, de mi dolor: esta última señal que murmura: “Yo he nacido para el amor”.

## II

He ahí el instante puro del dolor, el intolerable destello, el rumor de las tardías moradas, la convulsión del amor partido. Como la última clave de los mundos en huida, el rayo abre la entraña de cerebros temblorosos: es el signo, la honda herida descendiendo ávida entre cadáveres y fuegos. Es el amor descerebrado entre reptiles y músculos. Como la Guerra que nos abre, azotándonos.

El instante puro del dolor es la Eternidad.

Los astros se descascaran, amputando el hondo cielo. Ahora es el terror sin noche. La luz despeñada de los dioses errantes, como tardíos amores del mundo que se mata.

*No hay amor. No hay amor.* La aparición es el destello inane de los mundos en huida, los ojos descascarados de los demonios, la amputación del alma en la horrenda vorágine que nos devora como Dios.

Más allá de la luz, la oscuridad se abre como las gargantas de los Vencidos. Más allá del aparecer, los rostros se cortan como las palabras del adiós, la cerrazón y el pánico. La luz no vence a la muerte. El amor se crispa, como las manos de las doncellas quebrantadas. El amor que atraviesa nuestra soledad en el instante puro del dolor, más solo que Dios y que la muerte.

Amar es dar cuenta de la muerte del amor, desde una herida usurpada por reptiles y venas, y nervios como raíces mutantes. Amar ya no es amar, sino dar nombre a la fractura del universo que nos mata. Como imposibles testigos, la desolación es la

marca de la herida, la incomunicable esencia amputada, la noche. Y también la crueldad.

Duración. Distancia. Profundidad. Conceptos que mueren en el rigor de la caída y el desprendimiento. Mundos arrebatados al amor en un desentrañar estéril: la luz obscena del miedo que lo mata.

He ahí el instante detenido, el instante puro del dolor en la profundidad abolida. El amor despeña sus delicados secretos en el rostro ausente de Dios, en el abrazo del alma que parte los huesos. Las vírgenes se matan en la huida de los mundos. El sonido desfondado de la multitud descerebrada golpea. Las enormes quijadas devoran a los Vencidos.

No hay amor. La verdad es esta convulsión atormentada de la muerte, que usurpa el éxtasis: las mutilaciones de los Vencidos, las doncellas rotas en el escarnio y la blasfemia.

El secreto se pudre. El testigo es devorado. El dolor se malogra en el fastidio y la desidia de los ciegos.

*22 / 27 de enero de 1996*

## LA MUERTE DE LA MUERTE

Fuera del mundo, está el abismo. Intersticios habitados por voces fugaces. Nocturnas memorias bebiendo espectros, matanzas y zumbidos. Como aves decapitadas señalando la puerta de lo inacabado.

Testigo es aquél que se queda a presenciar la muerte.

Las criptas eclipsan, llevándose los murmullos del adiós y el secreto.

Es tarde. La muerte no fulgura. Es el tedioso resonar de un chasquido, un golpe que desciende rozando huevos y reptiles. La muerte ya no habla: su profundidad se ha desprendido. Como si mis ojos se hubiesen enquistado en el alma del moribundo que vuelve a buscar el secreto para matarlo mil veces.

El amor vuelve a morir en la torcedura del rostro. Es un espasmo de fastidio que intenta mitigar la mirada, la promesa y el corte.

La unidad del devenir es el hastío. El devenir es el pesado oleaje de la muerte. Las palabras se desprenden, acusando la imposibilidad y la derrota.

Mientras tanto, mis ojos crecen. Devienen huesos que descienden al núcleo del tiempo, en cuya duración imposible la Eternidad es la caridad deforme del asco, la postración y el silencio, y Dios pone las cabezas de sus hijos para pisarlas.



Fuera de la vida, está el abismo. Me he desprendido y me he roto. En la noche, los testigos y las distancias se arrancan los ojos reflejando el tedioso destello de la muerte: memoria de un dolor estéril, quijadas que zumban como astros amorosos, desquiciados y tenues.

La profundidad ha muerto. El amor se devora a sí mismo en el tedio, la soledad y la desmesura.

*31 de enero de 1996*

## LA PROMESA

La mirada es el golpe. El cuerpo fatigado de la espera. La luz petrificada de la despedida. El espectro sembrando mundos vacíos.

Íbamos a ser amados como árboles. Íbamos a vivir.

La sequedad es la permanencia. Los dones rotos. Los ojos quebrados. La promesa.

En la Nada, los cuerpos cuelgan como zonas del tiempo arrojadas. Vientres torcidos siembran reptiles, por todos los mundos abolidos de los mundos. Y los límites traspasados de la Eternidad sin noche.

Mi amor se petrifica en la pregunta sin morada. Las vidas diseminadas, sin puertas ni abismos. ¿Hacia dónde, hacia dónde? Mi alma se esteriliza en las visiones. La fatiga de la nada. Los rincones del deseo y el hastío.

No existe.

La tarde fracciona las palabras y los mundos. El interior mana como tristes fronteras sin ojos, para ser la cripta de las multitudes que devoran el silencio, la orfandad y la derrota. Mandíbulas sin nombre triturando nombres.

El alma desespera de la vida, de la vida, de la vida. El alma desespera con la sequedad de los astros, con la demencia de Dios.

La cámara de los horrores: secos abortos en una zona de transparencias viles. Allí aprende el alma el arte de cortar y perforar el sentido.

El amor es impotente.

Los cadáveres tenían vientres, profundidades, tiernas sinuosidades, silencios y luces. Como vírgenes ardientes en el anhelo y la promesa. Como rosas de fuego envilecidas.

¿Hacia dónde, hacia dónde va la noche despeñada? ¿Hacia dónde el amor sin secretos? ¿Hacia dónde la entraña muerta?

*2 de febrero de 1996*

## VERDAD, SONIDO Y DERROTA

En las postrimerías, la verdad muere contra toda reciedumbre. Entonces, la intensidad se abre, mostrando los secretos cortes ancestrales. Duros espejos azotados, o fugaces doncellas hiriendo el rostro de Dios, al borde del abismo. Pues el vacío es la ardiente oscuridad desesperada de un vasto linaje que mira y recuerda, inmóvil.

Verdad es soledad. Fascinación y destierro. Sueño y desprendimiento. Luz y hundimiento.

Verdad es la vida ardiente que se arroja a lo intolerable. Honestidad y sinceridad, como los immaculados frutos del Espíritu que los testigos han nombrado y temido, amado y rechazado, afirmado y difamado.

Verdad es el cuerpo azotado de todas las doncellas. La mirada y el mutismo, el peso y el paso del linaje desheredado de toda verdad.

Verdad es lo impronunciable, el hueco, la carne. Pues no hay lugar. Ni un nombre para el sonido despeñado, o el devenir que se fuga en insondables atmósferas e incommunicables secretos que hieren hacia dentro, enterrando su luz en espejos invisibles.

La música se esfuma o se petrifica en cámaras paralelas, donde sólo un oído otro tocaría los cristales, las delicadas frases de la memoria.

¿Hacia dónde se han ido la música y el secreto? ¿Hacia dónde la vida?

En las postrimerías, los tenues rincones se cierran. La respuesta se agranda en la herida y la extrema negación de la mirada. Pues no hay una entraña oculta, ni la intensidad de un vasto silencio. No hay el don de la mirada, ni el don de la tristeza, capaces de amar la profundidad. No hay un espejo que sea el nombre de la vida arrebatada, la reexposición de una vida profunda, el reconocimiento del linaje, la memoria y el anhelo. No hay un canto que ame la verdad de este dolor y este destierro.

El Otro se ha ido.

Verdad es mi desamparo, mi derrota. Mi desesperación y mi soledad. La intensidad de mi vida en la petrificación del alma, las formas, las miradas y las voces. Como vastas brechas encendidas. O fosas y laberintos arrojados de los mundos en huida. Mis mundos, mis sonidos y mi memoria.

Mi vida, toda mi vida.

*12 de febrero de 1996*

## DIOS ROTO

Lo intolerable extiende el vacío en la tediosa repetición de los filos y los dientes. Son los ayes del retorno, las membranas petrificadas que sostienen el mundo y sus excrescencias.

Lo intolerable es lo incommunicable. Y yo quiero decir lo incommunicable, lo único, lo destructivo. El fuego desnudo que me clava desde esta profundidad obscena.

Finalmente, sabré que yo era el Vacío, el testigo de los astros despeñados, el símbolo de un universo imposible. Como los ángeles amputados y los hijos. O los ojos obscenos de la Eternidad petrificada en los osarios.

Allí estuve siempre, esperándote y esperándome, con la nostalgia y el mutismo de los amores descerebrados. Vasto como el odio, la verdad y la sangre. Moribundo como el sol del hundimiento y el origen.

Pues yo soy Dios. Eterno como el desfondamiento de mis hijos. Me aniquilo en el Ser, como el testigo negro de la peste, en el amor errante sin espejos que es mi mundo.

La luz chorrea por las paredes de la entraña poseída, partiéndose los rostros, las úlceras y los quicios, abriéndose el descenso a las quijadas.

Ahora comparece el Testigo. Ahora soy mi muerte: me he manifestado. Y me he perdido.

Mis hijos temblaban como dioses errantes. Sangre e incendios sepultando memorias y desperdicios. Doncellas vacías sellando la promesa del trasmundo, arrojándola.

He partido y me he partido. La Nada es mi mirada y mi fuego, mi Soledad intraspasable e inmóvil. El Sol Negro de todas las constelaciones iracundas.

Soy el Vacío de mis hijas deshonradas, la simiente envilecida de mi linaje abortado.

Soy Dios. Me quemó en el cielo, masticándome, errando en mí mismo como un sonoro abismo: mi Nombre.

Me he visto en el despertar. He ascendido para ser amputado, como mis más altos dones amputaron a mis hijos profundos: la lucidez, la soledad y la vida. El amor.

*15 de febrero de 1996*

## LA LUCHA DESFONDADA

Las charcas van atenazando el silencio. Pues encontrar la verdad profunda que detenga esta aniquilación, es imposible.

Un cuerpo entre los cuerpos, vaciado de dirección y sonido. La resonancia rota, entre cuchillos desolados. Pues es imposible entregarse sin ser despedazado.

Ya no cabe nombrar la entrega a Dios o a un alto ideal, desde una imagen dotada de irradiación y sentido. Ni cabe ya anhelar ser la profundidad, de la que nuestra vida ha sido amputada. Pues el cerco de la entrega es el mundo y el discurso de los enemigos, los acusadores, los asesinos.

La verdadera vida es imposible. Y la soledad es esta memoria del desperdicio, la prostitución y la mentira.

Los destripadores esperan por nosotros, desheredados de toda verdad. Ése es nuestro destino. Dependemos del mundo que nos ha despojado. Y nuestra lucha se ha reducido al mutismo. O bien, a nombrar los demonios, e identificar los hondos dolores que nadie mitigará.

Nuestro amado Maestro no extrajo las consecuencias últimas del mal, el extravío y la deformidad del mundo, que él conocía tan bien. Se hallaba a salvo en su memoria de los mejores días. Se hallará a salvo entre las fantasmagorías de un mundo mejor, en su escatología exasperada e inútil.



Confianza en la vida, entrega, amor, misericordia. Conceptos que devienen inicuos, desde la frontera que esquivo el verdadero rostro del Mal, donde la soledad es la morada de los altos dones envilecidos. Así, la perversidad de Dios nos envenena, lentamente, en el pestilente altar de la libertad y el ser, la Eternidad y la esperanza.

Me he desprendido. ¿Por qué he de mirar ahora el dolor que nadie me ayudará a resistir? ¿Para qué esperar el amor que he debido presenciar despedazarse? ¿En qué duración exponer mi más honda tristeza ante el otro que me nombra, deseando verme morir?

No desconocemos el hecho de que la conciencia está determinada por el ser social. No desconocemos nuestra dependencia del orden que nos ha cercenado. No desconocemos nuestra posición subordinada en el mundo. No desconocemos nuestra debilidad frente a la violación sistemática que hemos padecido. Mas, ¿por qué continuar demostrando el valor que ya no tenemos, que es todo lo que nuestros espectadores desean deglutir para justificar sus proyectos?

Sólo anhelamos que el Dios de la Muerte nos corte la cabeza. Ni resurrección, ni vida eterna. Sólo cesar, morir, desaparecer.

No hay un mundo para mis dolores, ni una profundidad en que mis dones puedan echar raíces. Tampoco justicia. Sólo el eterno subsumirse de los cuerpos en espejos que se devoran, buscando el núcleo cercenado, la promesa, que era un abismo absurdo.

\*\*\*

Los hijos de la crueldad persiguen el núcleo insondable. En el abismo, los signos se quiebran, como si el ojo descarnase los mundos febriles de la peste. Más allá de la Nada, está el delirio. Más acá, el silencio. La mirada recibe y no habla. La mirada penetra y se crispa.

La Ausencia es el Reino de los hijos de la crueldad.

*19 de febrero / 10 de marzo de 1996*

## LA DERIVA

El silencio roe los nervios y las piernas. El marasmo sella el camino de los Vencidos. Como un cielo devorado por estériles plegarias, en la zona de la trizadura. O un aborto petrificado desde lejanías remotas.

Los hijos de la crueldad.

La enfermedad oscura.

Ahora pululan los dolores del ser que persigue el núcleo irrepresentable. Ácidas cavernas de dioses inmolados en el círculo, fugaces murmullos de la profundidad gastada.

Las alas del azote.

Son articulaciones residuales en la soledad del desprendimiento. Roncos balbuceos de ojos sin párpados. Tristísimas preguntas desfondadas en la niebla rojiza.

El destello parte la vida.

La verdad es negra, como los ojos de Dios en las postrimerías: caminos alejados tras los bordes del cielo. Pozos incrustados y llagas, en el aire que fermenta.

Palabras para el marasmo: el ojo en la deriva estéril, disoluciones y coágulos invisibles. Huye el interior, como la vida olvidada. Los mundos eclosionan en el ocaso.

El tiempo abierto destella la verdad. El devoramiento es profundo, en la espesura cerrada del marasmo. Signos imposibles

para la fidelidad y el acoso: los bordes de la muerte engastados en el Infierno.

Como si fuese el órgano del dolor y el descenso. O el ojo se partiera en los confines angostos de un cerebro tardío, y la danza se crispara en la masacre.

Una boca abierta: el universo. La espesura dentada en el rojo imposible de los nombres y los anhelos. En esa soledad, el ojo que contempla se aniquila.

La imposible fidelidad es la disolución.

La enfermedad oscura es esta transparencia sin fondo. El dios dentado del abismo: manos y goznes, huevos en el altar de los hijos crepusculares.

¿En qué orilla se partieron los núcleos?

Hay organismos bicéfalos en un solo tronco, dioses extraviados en el retorno y el silencio. La invisibilidad acuosa de la raíz sin morada.

Los residuos hablan como descensos, petrificando las visiones en el tiempo que mata. Los hijos innombrables. El aullido de la despedida y la condena. La traición inherente a la vida y su núcleo monstruoso.

Era la Nada.

Era Dios.

*30 de marzo de 1996*

## EL YO PÓSTUMO I

El hundimiento de la noche es el nudo que se parte desnudando el tiempo. Las arterias brotan vacías, disolviendo las miradas. La luz es el desperdicio de los hijos abiertos.

La verdad es la muerte. La tristísima perfección de la mirada besa el vacío.

La interioridad es lenta.

El hundimiento de la noche nos abraza, como un dios ulcerado e incomprensible. En la lentitud de las líneas, los dientes van tallando nombres ciegos. El espíritu quebrantado en las líneas de la luz, atenaza el nervio.

Las galerías estrechan sus mundos. El retorno liquida las membranas, desde un gastado horizonte. De los ojos de la vida, emergen las bocas que roen los huesos de Dios a la deriva. Y el abrazo de la noche destila la verdad, el rompimiento, la curvatura que cierra los signos.

La luz no penetra el exterior.

El sonido tritura sus núcleos en la abertura que retorna.

Los sueños de la memoria decantan, como el vasto silencio de los Vencidos. Y la verdad es ese ojo de sangre que recorta el caos.

La mirada se traga en los espejos.

Las trompas de la vida expelen los residuos del pensamiento. En esa fisura, los ojos echan raíces. El tedio nos abraza, el sol

blanco de las soledades y el destierro.

La sangre y el yo: el marasmo.

Los puentes de la Nada se crispan en la partición del ojo.

Y el Yo Póstumo habla en el tiempo desmembrado por los filos del espejo.

El hundimiento de la noche talla los huesos con signos imposibles. La luz larvaria murmura en la espesura del despeño. En el abrazo de la noche, los mundos se cortan. Los signos no penetran el exterior. La curvatura se cierra en el abismo y el susurro.

El Yo Póstumo se abre, poblado de espesuras y mundos olvidados. Entre órganos estériles, el pensamiento canta, leyendo los cortes profundos y los espesos dolores. La destrucción de los espejos que recubren el vacío. El abrazo del alma. El hundimiento de la noche. Los signos imposibles del cuerpo y la memoria.

La incomunicable curvatura se perderá en una permanencia exterior. Todos los mundos del mundo se perderán, como las membranas flotantes de Dios a la deriva, entre retinas y pozos desprendidos.

Leer la espesura es amar.

*20 de abril de 1996*

## TESTIGO DEL MAL

El tiempo va abriendo cortes profundos. Son las bocas de la Nada, profiriendo nombres invertidos. Pasos en la lejanía. Óxido desquiciado de bisagras y ausencias. Es el universo de la peste, el interior cerrado, la piel de mármol que brota en los cadáveres y los secretos.

El exterior yace putrefacto, como un dios perdido. Pues la caída de la Gracia es el estertor violáceo del abismo, que envenena la luz de la verdad y la promesa.

En la muerte se desprenden las cortezas, los rigores demoníacos del ruido, los residuos del pensamiento que no salvarán nuestras vidas.

En el abismo, los justos devoran al dios de la promesa.

Los secretos se abren como insectos e incomprensibles organismos postreros, sin voces.

La línea es la muerte. Los demonios sonrían en la partición de los úteros. Los ojos realizan la cifra del destierro, el lugar transparente sin retorno.

Yo era la extensión de la morada, el tiempo observado, la profundidad de los días y el silencio.

El aire espeso susurra la oquedad del destino y la ceguera. Cantos oscuros en el lento devenir, cantos residuales como cristales despeñados, y músculos cerrando la derrota.

La caída. El fulgor calcina la lentitud y el secreto. Y las cámaras de abajo se abren como fauces.

La luz violácea del abismo se desprende: las retinas de la creación, las palabras y la música.

Luz y amor son la deriva. En el descenso, la voz y la mirada se desprenden, como ríos tortuosos y cerebros. O el corazón de las doncellas destruidas.

Soledades, órganos y rasgos. El testigo es el interior despedido de los días, la tristísima presencia que se cierra en todos los secretos y amores invisibles.

Abajo, del otro lado.

*9 de mayo de 1996*



## EL ABRAZO DEL ALMA

### I

El alma se cierra en la oscuridad del descenso. Es el lejano olvido en invisibles postrimerías. El registro del yo incomunicable.

Las vidas serán leídas sin las voces.

Un tesoro oscuro en un altar. Como las capas desprendidas de los muertos, la multitud invoca los residuos del pensamiento en el canto de la bestia.

Umbrales, amaneceres, tesoros y doncellas. Signos desfondados del alma nula. Sordos engranajes del tiempo, la amputación y la caída.

Lentos interiores. Lentas encrucijadas y silencios. El alma en la noche vulnerada: una soledad expandida de luces y cortes. El alma invisible de los Vencidos.

La multitud descerebrada pisa el árbol, la ígnea transparencia de las niñas.

¿Hacia dónde va el pensamiento del yo extinguido? ¿En qué raíz permanece el susurro, la ferocidad, el abrazo? ¿Hacia dónde va el sonido del cesar? ¿Hacia dónde el pensamiento del testigo?

El Yo Póstumo será el abrazo vacío de la memoria, el exterior putrefacto de la bestia. Residuos del pensamiento develando el tesoro oscuro, la luz virginal de la noche vencida.

El abrazo del alma es el desposeimiento, la separación, la derrota. El abrazo del alma es el silencio pervertido del marasmo, la amputación, el desprendimiento.

El abrazo del alma era el don, la profundidad, la noche intocada de la vida. El abrazo del alma era el testigo y la luz.

El abrazo del alma era Dios.

## II

Tiempo hundido en una maraña de jirones acechando. La pendiente sombría revela los signos del extraño.

La derrota. Nombres para la destrucción invisible.

No mengua el estertor de la luz abandonada.

Cosas solitarias sin medida. Monstruos partidos en la boca, la cicatriz, la morada.

Vasta es la senda de los nombres muertos.

Antiguos amaneceres. Ternuras. Dientes arrancados. Un dolor de piedras, imanes o alas desprendidas. ¿Por qué el silencio oscuro?

El amor desciende hasta el ácido centro de la verdad. El olvido es el pútrido sudor del asco ardiente.

El abrazo del alma es el suplicio. Ciento veinte pedazos bajo el sol obscuro. Trompas incomprensibles y lenguas. Membranas. Signos clausurados y excrementos. La multitud descerebrada se llena de carne, fantasmas y rosas. Quijadas y sexos expandidos en la risa oscura.

El alma es el abrazo de la derrota. El Yo Póstumo es la mirada que extermina y enciende. Amor, significado y olvido. Los nombres de la muerte y de todas las doncellas cristalinas e inanes.

*2 de junio / 15 de agosto de 1996 (ca.)*

## EL YO PÓSTUMO II

Líneas difusas en un pozo de dientes. Invisibles desprendimientos. El fuego es la lejanía que acusa los laberintos de abajo, el envés obscuro de las palabras, la oscuridad de un canto enfermizo. Como rostros fugaces y quijadas bebiendo la memoria, el fondo de los días, el sol, el mármol partido.

El Yo Póstumo es el tardío lugar de la derrota. Un silencio de asesinos y cuerpos, donde las líneas cercenan el abrazo, y la luz se parte como una quijada o un cerebro enorme, en la raíz del ojo y la palabra.

Pues en ese significado vacío ha de mostrarse el dolor crepuscular de los extraños, la vida extinguiéndose en el relato del Yo Póstumo: el naufragio del sonido y la palabra.

Es la tarde de todas las promesas, un camino trazado sin medida. Sólo el hundimiento, el cerebro de abajo: otredad, desolación y pérdida.

Mas yo era la vida.

Escombros. Cuerpos de fastidio y cortes. El alto linaje vulnerado. La mirada se vuelve sobre sí misma en lúgubres cantos y tendones. Los pozos exhiben la entraña corroída del destierro.

Sólo el rechinar de las quijadas. El cristalino silencio de los altos días, disolviéndose.

El Yo Póstumo es el abrazo de Dios.

Pero Dios devino la quijada, un nombre roto contra sí mismo y contra el mundo: mil trompas resonando en una profundidad imposible, abierta como un cadáver vacío.

Es la luz de abajo que irradia en el asedio, el devoramiento y el asco.

*5 de septiembre de 1996*

## EL DOBLE

El alma es doble, atravesada por una fisura ardiente y silenciosa.

La presencia es mi rostro. La vida doble, una lengua ortopédica. El alma, un incendio separado.

Como en un crepúsculo fibroso, el exterior se muestra en las membranas. Es la efímera presencia del momento estallado. Y el brote profundo se mantiene intacto, pero se mueve.

La mirada del otro ya no me abre. Las pérdidas ya no sangran, ni hay espasmos durante la huida. Sólo esta luz fría que ilumina los rasgos ortopédicos y las trenzadas cicatrices, expuestas a la lujuria y el asco.

Ahora soy el Doble, aséptico y metálico como un útero muerto. En el denso vacío del poder y la soledad, las lágrimas ya no penetran el instante. Y las pérdidas son como vómitos de piel y amores sombríos. Rostros amputados en la huella: la raíz insomne que permanece erecta y sangrante bajo el testimonio.

El Doble es el Yo Póstumo atezando, matando y anunciando. El ojo. El mundo. La memoria desprendida.

Más allá y más acá del amor, la lealtad y la dicha se extinguen. Más allá y más acá de la mirada, la memoria y el sufrimiento, yace la realidad devorada, la oscuridad que zumba en un despeño sin final. Éste es el único espacio y la única duración: la obscena fisura estallada en el Doble. El grito de la oquedad bajo la cicatriz trenzada.

El yo violado y desmontado es el Yo Póstumo: del otro lado de la muerte, está la muerte profunda, que es conciencia de la muerte.

El Yo Póstumo es la fisura y el Doble, la pérdida, la distancia y la luz negra del Vacío. La luz que se estrangula trezándose, sin final ni comienzo.

Y es el cuerpo: resistencia y desposesión. El Doble del vacío, bajo el poder y el miedo. El Doble de la luz –la única luz–, que es muerte.

Dios y la Verdad no irradian amor, sino espanto, crueldad y desesperación. De ahí, la fractura trezada del interior expuesto, obsceno como toda abertura en abismo: fractura del camino y el ojo, fractura de la vida y el silencio, atenzados.

Doble y fractura de Dios. El Yo póstumo es el desperdicio del Altísimo abortado: el pensamiento que da cuenta de la obscenidad, para morir como los astros y los universos estallados en la encrucijada del fuego, la desolación y el Misterio.

*24 de diciembre de 1996*





# **EL ABRAZO DEL ALMA**



Mada Ulo Bird.

*NADA. ELLO DIRÁ* (Nº 69, 1814-1815)

EN **LOS DESASTRES DE LA GUERRA** (1810-1820)

SERIE DE GRABADOS DE FRANCISCO DE GOYA (1746-1828)



## EL ABRAZO DEL ALMA

### I

La desgarradura del desprendimiento  
anida los demonios,  
bocas desfondadas como preguntas en el aire vacío,  
o chillidos de aves impregnando el cielo  
de emblemas deshuesados.

Gusanos altivos de la noche calurosa.  
Voces deslizadas hacia abajo,  
en la frente triturada de espasmos y calcinaciones.

Piedras espectrales funden interiores y muecas,  
despertando el ácido invisible.

El aire se tuerce.  
La cara se parte.

Nombres ulcerados.  
La boca muerde el regazo desde dentro.

Los huesos me miran lejanos.  
Profundas quiјadas hienden el aire,  
succionándome los órganos.

La fisura del desprendimiento  
anida las claves invertidas.

Fragmentos sobrenadan las aguas primordiales.  
La luna endurecida horada la cumbre  
buscando la morada,  
sangrando soles resquebrajados.

Ya no hay corazón,  
sino una maraña  
de arterias estrangulando el cerebro.  
Ya no hay rostros ni caminos,  
sino encrucijadas expuestas como fracturas.

Gritos invertidos.  
Deflagraciones.

La imagen plana se extingue en la derrota.  
La morada exuda el denso humor de la despedida,  
la gélida oscuridad de la verdad carcomida,  
como la piel electrizada de la muerte.

La vida era el fragmento despeñado.  
La vida era el zumbido muscular  
de la tarde vacía.  
Duras soledades embrionarias.  
Vientres incubando las mandíbulas  
del espíritu parasitario.

*El abrazo del alma.*

Raíz.  
Peso.  
Extensión.  
Eternidad.

Como los huesos triturados  
en la oscura espiral de la serpiente,  
el adiós levantó enajenados emblemas,  
tumores y huecas bofetadas.

Escoriadas manos corroen el Espíritu,  
como ácidos remolinos en la noche obscena.

El tiempo se endurece.  
El regazo y la raíz son la fisura.  
Y el abrazo del alma se parte,  
desterrando los signos y los ejes.

El Espíritu era la quijada.  
El dolor convulsivo es la amada memoria.

*21 de febrero de 1995*

## II

El suplicio es la mueca larvaria,  
adiós corroído entretejiendo visiones,  
suspense angosto donde la orilla no dice.

Éramos el sentido irradiado en cada intersticio,  
bisagras en el cielo duro,  
confines desposados.

El suplicio es el vientre arrebatado,  
delicadeza imantada en el seco estallido,  
misterio como un ojo purulento,  
voluntad atomizada  
en un pozo de sangre caliente.

Tardes irradiadas hacia dentro.  
Cicatrices espectrales.  
Mácula feroz.  
Hilillo.  
Célula.

Las encrucijadas se pudren  
en la flor abierta.  
Pasos retroceden en la mirada,  
como el eco deformado del Espíritu:  
nombre muerto  
en la luz desértica  
de la piel aglomerada.

Ya no obedecen los péndulos.  
Ya no habla la garganta sanguínea.



Es el coágulo, el abrazo, la hendidura.  
Aves holladas por la cumbre.  
Óseos ritos crepusculares.

Luz arenosa de los cerebros  
en la fisura del desprendimiento.  
La verdad se abre como un cuerpo amarillo.  
Crece la saliva en los rincones imbricados  
de íntimos amontonamientos.

Nervios diseminados:  
medusas entre vidrios,  
crispaciones tumultuosas.

El vacío es la úlcera taladrada  
hacia abajo,  
hacia dentro en la última pregunta.

Las astillas del mundo carcomen los núcleos,  
como dientes colgados entre algas.

El suplicio es el cuerpo maduro,  
la escoriación expuesta del mar carnoso.

Ya no sangran los sonidos.  
Ya no duelen los colores fugados.  
Es el dolor frío, rojo, in formulable.  
La tensión fosilizada.  
El subsuelo varado.

*21 de febrero de 1995*

### III

Brecha.

Presencia.

Noche engastada perfilando  
zonas residuales.

Marasmos imbricados destellando signos,  
fondos crispados,  
torceduras.

Adiós transparente  
en la tarde de los mundos.  
Manos pululantes partiendo órbitas,  
eternidades diseminadas,  
dientes,  
fugaces retinas cavando zanjas.

Los signos se hunden:  
la intensidad del vacío es el descenso,  
silencio petrificado en la luz y la muerte.

Brecha.

Presencia.

Filos espesan la noche.  
En el descenso se precipitan los umbrales,  
cerrándose el secreto,  
la mirada abierta del abismo.

Destella el gran nervio en el azote,  
permanencias de sangre y hastío  
en la lucha desfondada.

Los signos se parten arenosos,  
destilando búsquedas residuales,  
golpes que rezuman la herida capturada:  
rojo silencio extinguido,  
crispaciones aherrojadas de la noche.

El cielo se despeña internándose  
en el nervio,  
transparencia engastada  
en la presencia.

Allí,  
sembradas las promesas abismales,  
las voces devoradas en el ojo,  
la tierra desolada del Maligno.

Por todos los umbrales rotos,  
la plegaria decapita los espejos.

La Ausencia.  
El Reino.  
Los hijos de la crueldad.

*10 de marzo de 1996*

## IV

Mudas zonas en descenso.  
Órbitas infernales.  
Cacería.

Estériles memorias sobrenadan  
la atmósfera en que el ojo  
expone cruces y marañas.

El cielo abierto.

Mandíbulas en el cerebro destellan  
la noche,  
la cripta de los dioses rotos,  
el silencio de abajo,  
devorando.

El abrazo del alma petrificó el abismo.

La espesura exhibe el Reino,  
las cuencas vacías,  
la pregunta.

Espesura de ojos y piernas  
en desfondamiento.  
Voces pululantes  
escupiendo plegarias.

No hay abismo.  
El obsceno dios bebe el licor de la torcedura.

El abrazo del alma rompió los caminos.

Órganos a la deriva irradian  
un aniquilamiento sanguíneo,  
como piedras crepusculares  
en la zona prohibida.

Del otro lado del otro lado.

Aquí se hunden las plegarias,  
devorándose hacia dentro:  
la Eternidad es el nombre  
del abrazo y de la peste.  
El decir resquebrajado.

Signos residuales para lo imposible.

El dolor es el abismo sin abismo,  
donde el Padre desfondado nos bebe.

Truenan los nervios en la zona,  
pudriendo soledades,  
retinas y labios.

Un látigo de espasmos imprime la huella.  
Un susurro feroz: el nombre del Maligno.

El abrazo del alma sin abismo  
y sin mí.

*19 de marzo de 1996*

## V

El olvido desnuda las vidas subyacentes  
en el morir de los nombres,  
los poderes,  
el hambre.  
Y en ese desfallecer violáceo,  
los mundos inmolados  
trastocan las preguntas.

El abrazo del vacío expele fantasmas.  
El fondo partido dos veces en delirio.  
La luz nocturna del azote.

Sólo ojos sin cuerpo.

La voz coronada inicia los suplicios.  
El pozo central de la espesura.

El retorno era el descenso,  
invisibles dislocaciones murmurando  
el falso destello,  
el filo de la zozobra  
en el sacro inicio.

El alma ha penetrado los residuos.  
Cosas inmortales.  
Abisales órganos descifrando  
las claves del susurro.

El ojo coronado se abre hacia dentro,  
en la zona del sol inicuo.

La verdad es negra.  
Los signos.  
Los cerebros.  
Las células.  
Sólo ojos sin cuerpo en la entraña del fuego,  
devorándose.

El pozo central se abre,  
develando las zonas decapitadas.

Habla el aire viscoso de los reinos.

Osarios de ojos y huevos expanden sus raíces  
en el límite estallado de la inteligencia:  
más allá y más acá del abrazo del alma,  
la mirada sin párpados deviene  
la espesura del Infierno.

Piedras espectrales.  
Los órganos rotos de la luz  
entre signos despeñados:  
el abrazo del Vacío.

*28 de marzo de 1996*

## VI

En el alma se estrechan los filos,  
levantadas cicatrices de una memoria desierta.

Pardo estallido.  
Goznes zozobrados.  
Aullidos.

Los hijos expulsados pululan  
en la herida.

Ráfagas transparentes.  
Pozos.  
Mordeduras.  
Dudas.

La voz se parte,  
la verdad,  
la fuga.

En ese peso,  
la duración es el rostro fijo que murmura,  
la boca del cerebro despeñada.

Más allá de las membranas,  
está el vacío.

El abrazo del alma es el silencio,  
ojos muertos entre labios y huesos,  
bordes escoriados traspasando los inicios.



La caída arenosa de la muerte  
trepas los pálidos umbrales.  
En la extensión convulsiva,  
los sonidos se hunden.

La pregunta es la mirada que se quema.

El abrazo es la trizadura,  
la memoria que bordea la mirada,  
los ruinosos umbrales de la vida.

*28 de marzo de 1996*

## VII

Luz de un silencio en dolor.  
Hundimiento, colapso y memoria.

Como alas infinitas en todos los umbrales,  
la espera se malogra,  
arrojada entre poros,  
arena  
y espanto.

El decir de la muerte.

Cabezas trepanadas,  
puentes como muros  
en un masticar marmóreo  
o un mar delirante  
en abrazos sin abismo.

El lugar es el frío de las bocas,  
los cristales borrados,  
el sol abierto de los sordos,  
el rostro devorado.

El tiempo cae.

El abrazo es la cáscara.  
El alma, la luz violácea del destierro.

Vidas residuales del amor y el excremento.

Huevos.  
Tesoros.  
Moradas.

Transparencia de ojos muertos.  
Piel estirada en cerebros y erupciones,  
amputadas oscuridades y ternuras.

Todos los mundos del abrazo  
se retuercen en el alma que se aleja.  
Las membranas escupen  
la espesura amarillenta de Dios.  
Las vírgenes se pudren desprendidas,  
como escamas del vacío.

El abrazo del alma era la luz y la zozobra.  
El abrazo del alma es el descenso:  
una vasta memoria  
incrustada  
de venas, cerebros y zumbidos.

Todos los mundos se pierden,  
como los miembros amputados de Dios  
en el susurro de los hijos olvidados,  
como lunas lejanas  
despeñadas en silencio.

Todos los signos del abrazo se hunden,  
como luces en castigo,  
y filos,  
y tiempos encorvados.

El abrazo del alma es la profundidad invisible,  
el decir amputado del descenso,  
la morada de los Vencidos.

*2 de junio de 1996*

## VIII

Descerebrar es amor,  
en el perfil dislocado de todos los descensos.  
Como si las venas estrangularan el cielo,  
y las marañas hablaran sin decir  
ni matar.

Más allá del abrazo,  
está la noche.  
Los signos succionados  
descoyuntan las voces del tiempo.

Y mi mirada son los siglos del silencio.

¿Hacia dónde va el dolor?  
¿Hacia dónde el nervio amputado?  
¿Hacia dónde la convulsión sanguínea?

Los ojos recortan la oscuridad del cielo,  
como insomnes conductos interiores.

Y en el vacío,  
las cruces calcinadas zumban.

Más allá del abrazo,  
están los residuos del habla:  
una vasta amputación de nervios  
en la fuga de las marcas y el dolor,  
donde mis voces  
son los instantes diseminados del bullicio.

Silencio sin abrazo.

Aprendizaje de sucios anhelos.

Despeño de los mundos.

Luz sangrienta y ocultación.

El nervio abierto en la clausura.

No es la vida,  
sino el color desnudo de la derrota.

Palabra invertida

en la maraña

de nervios y cerebros:

el habla diurna de los vencedores,

el espesor callado

de la sangre oscurecida.

*15 de julio de 1996*

## IX

Fragmentos para la búsqueda, la desesperanza y el adiós.

Culminación entrevista en el descenso,  
instante de siglos interiores  
desplegados al vacío.  
Silencio de todos los silencios en huida.

El abrazo sin alma es Dios.  
Y en el despeño,  
el vacío se parte vomitando altares,  
tinieblas y zumbidos.

Desolación es Dios,  
imposible Misterio deglutido  
en el festín de la multitud descerebrada.

Pues descerebrar es amor,  
cuando Dios habla sin cabeza:  
nervios sin abrazo  
en el cuerpo,  
el pensamiento y la espesura.

La pregunta era el fuego,  
el cruce de todas las encrucijadas,  
el nombre de la ocultación de los siglos.

La pregunta es el testigo de la extinción,  
la amputación y la risa.

Finitud es Dios.  
Traición es Dios.  
Devoramiento es Dios:  
hombre-Dios sin retorno,  
acusando la desnudez de cráneos,  
hormigas y ojos torcidos,  
desnudez de sucios arreboles,  
excremen de siglos infectados.

Fragmentos para la luz, la partición y el silencio.  
Fragmentos para los hijos, los descerebrados y el despeño.  
Fragmentos para el abrazo del alma, el vacío y la disolución.

Fragmentos: culminación entrevista en la fisura,  
la línea del descenso hasta el Yo Póstumo.

Un dios roto de luz y horror vigilando.

Pero la verdad está más allá de Dios.  
El suicidio está aquí.

*15 de julio de 1996*



## X

*Lo invisible busca lo invisible.*

Un silencio encendido en el ocaso,  
el ojo desfondado,  
el mundo.

Enmudece el descenso,  
el imposible,  
el abrazo sin nombre,  
en que la palabra se persigue y se devora:  
escoria y presencia,  
significado y olvido.

El abrazo del alma  
es el nombre del despeño.  
Un cadáver abierto.  
La tarde del camino  
en la angostura incomprensible.  
La presencia.

El cuerpo del abrazo  
es el signo,  
el látigo,  
el nombre cavernoso  
del extravío y la derrota.

Es Dios develando su abertura.  
La casa obscena del desollado.  
Vacío.

Nombres acuosos como pérdidas.

Era la palabra de mi abrazo roto.  
Es el borde del silencio,  
el destello y la zozobra.  
Sonidos residuales del camino ignorado.

Es el tiempo del dios de abajo.

La voz exhibe su corte.  
La multitud hurga en el forado  
con el furor del extravío.  
La rojez se extingue en los cráteres.

La ceremonia es el vómito de los vacíos.

Viento encendido  
en el instante roto.

El Yo Póstumo es el ojo del forado,  
como un cielo amputado de raíz  
en el borde imposible.

*8 de septiembre de 1996*

## XI

Nombrar no es plenitud.  
Es el cerebro que se arrastra,  
persiguiendo la memoria del extraño.  
Como cruces y forados en fuga,  
basurales y desiertos.

En la tarde se secan los mundos.  
Y el ritmo se oscurece,  
como un rostro desprendido.

Nombrar no es amor.  
Es Dios sin cabeza  
en un abismo estrecho.  
Invisibles torrentes partidos,  
de noche y proximidad.  
Ciudades infectadas,  
donde el extraño  
es el nombre convulsivo.

Palabras: secos susurros  
y dientes arrancados.

La extensa mirada del tiempo  
es la luz resquebrajada  
de todos los linajes.  
Marañas y trasmundos del Infinito,  
resonando como un puente inalcanzable.

El cielo brilla en el envés

del sonido y la marca.  
Es el decir acéfalo  
del borde expuesto y olvidado.

Nombrar no es reencuentro.  
La piel diseminada acusa  
las rutas del vacío,  
espectros de un dios abierto  
en la multitud descerebrada,  
despojos de la simiente  
que interroga desde la noche.

El mundo otro fulgura.  
Y un dolor violáceo se expande  
en el gélido esplendor del desolado,  
más allá del cráter rojizo de la memoria  
y la carcajada.

La verdad es la dureza del silencio.

Desiertos invertidos celebran la caída.  
Seco resonar de finitud y desfondamiento.  
Bronces lejanos de trompas nocturnas y sangrantes.

Todas las aberturas observadas.  
El mundo otro es la obscenidad  
de la presencia.

El nombre amputado y vacío.

*16 de septiembre de 1996*

## XII

El fuego subterráneo echa raíces.  
Torceduras dolorosas  
articulan los gestos  
que han de parir  
a los hijos de mi Padre:  
los otros de lo Otro,  
el sonido extraviado del descenso.

Las cicatrices son el odio  
y el silencio.  
La desmesura es  
el abrazo de los filos.

Nudos.  
Apariciones.  
Abismos.  
Como lúcidos hijos arrancados  
al cráter y la memoria.

La raíz penetra el cerebro que  
acrecienta los golpes.

Nervios totales a la deriva,  
entre escombros y gargantas.

Nervaduras abiertas movidas  
por el soplo a la intemperie,  
donde Dios penetra la lenta semilla  
con su sombra.

Alta luz para la imagen que zozobra,  
para el soplo que cesa,  
para el vacío que enmudece.

Es la cifra del Espíritu dislocado  
en la ígnea raíz que mata.  
El asedio.  
La amputación.

El abrazo del alma.

En el destierro,  
los hijos preguntan  
por la hora de su muerte.

Los núcleos han de abrirse  
exhibiendo la nervadura,  
la marca de la luz  
acrecentada en la pregunta que devora,  
la cifra que destella soles carcomidos,  
amores residuales  
y zumbidos.

Ígnea raíz fisionada,  
abrazo y desmesura.

La inteligencia de los hijos  
se acrecienta en la Nada.

*16 de septiembre de 1996*

### XIII

Un grave esplendor.  
La espiral de la cicatriz.  
El hundimiento.

En estas membranas  
de silencio carcomido,  
los múltiples rostros se destrozan.  
Es el ojo de la brecha,  
la trenza de la cicatriz endurecida,  
el lugar exterior de la zozobra.

Transparencias residuales:  
voces metálicas,  
desde el otro lado de la vida,  
como una piel extendida  
y acribillada.

La imagen no será restituida.

Un rumor arenoso  
domina el silencio de las palabras,  
amputando la raíz sanguínea.  
Pues la luz enconada  
ha separado las capas membranosas.

El último momento de la mirada  
es ese fuego sin imagen  
que escupe la piel fisurada.

Un grave esplendor:  
la voz del despeño,  
crispación ósea de la tarde  
en la morada destruida.

Es el Yo Póstumo de ese borde atezado.  
La consumación de una fractura fría,  
de una dislocación sin imagen.

El Yo Póstumo  
era Dios,  
era la vida,  
era el abrazo,  
era el Maligno.

En esa frontera central,  
un incendio de llagas invisibles  
devora el fondo,  
aboliendo la fisura  
con un estallido sin mácula.

El esplendor es el vacío  
que surca los sonidos residuales  
de la vida.

Borde que rodea el interior  
de la carne,  
ojo que se crispa en la derrota.

El Yo Póstumo presencia,  
testimoniando la abolición



de un trauma:  
el Misterio es el corazón del estallido,  
la carne endurecida del azote,  
la nervadura,  
la cicatriz trenzada del silencio.

*31 de diciembre de 1996*

## XIV

El fundamento es la sangre.

La desgarradura del desprendimiento  
expone  
los dientes,  
la mirada,  
el gesto fugaz  
de la pérdida.

Es una voz partida,  
una lengua abierta entre  
residuos,  
capas  
y costras.

El fundamento de la vida  
es la fractura.

El rostro desaparece,  
incubando laberintos,  
claves desfondadas  
y fronteras.

No hay un mundo para la mirada,  
sino un hueco.

Penetrar el laberinto de abajo:  
la salida,  
la sepultación,  
la caída.

El fundamento es el grito.  
No hay retorno.

Al final del recorrido,  
la cruz estalla,  
como un cuerpo imposible.

¿Cómo podría el entramado del sonido  
aprisionar la espesura de ese cuerpo?

Esa ausencia es el vaciamiento  
que mana:  
una frontera invisible y fugaz,  
una transparencia amputada.

El juego de la disección  
ha borrado la sangre:  
el flujo de un estallido  
ilumina el ulcerado rostro.  
El cuerpo azota la creación.

El fundamento de la vida es  
ese silencio que mana.  
Mas la palabra es la distancia  
y la clausura,  
el melancólico latido  
que besa lo inexpugnable.

La disección es la vana luz  
de una espesura muerta,

gestos que se cierran  
en el aborto del Altísimo.

Pues el abrazo del alma  
es la mirada del despeno.

*31 de diciembre de 1996*

## XV

El amor es la mirada y la brecha,  
la grieta que recorta la dura transparencia.

Tarde en la vida,  
la imagen trepanada hunde  
su raíz,  
su ojo sanguíneo,  
como un enjambre roto.

Y una mariposa negra desfonda el cielo.

El abrazo del alma  
es el murmullo de la peste,  
el rumor de una ausencia inhumana,  
el nombre de un estallido cerrado.

El astro desfallece.  
El fuego inunda la mirada.

Noche y espesura.  
Entrañas residuales.  
Terminaciones carcomidas.

Cuando el amor se abre,  
los ojos arrancados extirpan el mundo.  
Y un abismo anterior a la vida  
azota el cuerpo desprendido.

Cuando el amor se abre,

un dolor de monstruos  
cruza el fuego violáceo de la aurora.

Y ese silencio arrojado  
desnuda su raíz  
sin final,  
sin trama,  
sin gesto.

Cuando el amor se abre,  
la mirada se despeña  
en el fondo inhumano de la vida,  
sin origen,  
sin nombre,  
sin retorno.

La noche está ulcerada.  
En la luz de ese horizonte póstumo,  
el vacío del ser es el cuerpo de la vida.

Los brazos extendidos se cortan.  
Sólo los monstruos conocen el secreto.  
Y el grito es el nombre  
de esa aurora insondable.

Es tarde en la vida.  
Ya no crepita el silencio.  
Ya no susurra el abismo.  
La voz quebrada se extiende  
sin memoria,  
sin destino.

El último fondo del amor  
es la desgarradura del desprendimiento.  
Un dolor de espasmos mortales y azotes.  
Como un secreto arrebatado  
o una cruz derribada.

El abrazo del alma  
se estrecha en el Vacío.  
Pues el amor es la herida  
sin cuerpo  
que antecede la Creación.

Y el yo excremental es su último destello,  
sin rostro,  
sin respuesta,  
sin reconciliación.

No hay amor.  
No hay salvación para los hijos  
abortados del Altísimo.

*7 de enero de 1997*

## XVI

La oscuridad violácea  
es el susurro de la ausencia  
en un horizonte petrificado de ojos.

Nombres.  
Preguntas inmemoriales.  
Extraño interior de la herida.

Es el silencio de la duda,  
el fuego,  
los dientes,  
la piel capturada de los días muertos.

Allí resplandece el zozobrar de un camino,  
como en la maraña  
del escarnio y la noche.

La memoria ha sido carcomida.  
Un cuerpo va trepando,  
atenazado y oscuro.  
Y el Vacío resplandece  
en todos los fragmentos de la vida.

Las palabras atesoran  
una ausencia desgarrada.  
Del otro lado está el aire acuoso,  
un silencio invertido  
en la planicie violácea del instante roto.



He ahí la clausura  
de la imagen y el sonido.

No es el amor.  
No es la vida.

Es el estallido de las formas.

Y la garganta se estremece en el ahogo.  
Es la carne, el canto o el grito.  
La mano crispada sin escena.

En todos los lugares,  
permanece la tensión de la caída  
que rasga el licor violáceo,  
el entramado de la herida  
sin imagen,  
sin humanidad.

Pero más allá del cuerpo,  
un mar descerebrado  
devora las cicatrices ocultas.

Eran los hijos de la tarde,  
la marca amputada  
de un abrazo estéril.

*18 de enero de 1997*

## XVII

En el vacío,  
la verdad atenaza  
los bordes difusos.

Rojo y negro  
es el interior obscuro:  
el alto nombre despeñado.

La memoria se cierne  
en el umbral sin abrazo,  
el ojo apagado,  
la escoria.

En el vacío,  
la pregunta  
es el filo que insinúa la clave,  
la trama del desperdicio,  
el ojo adormecido de la aurora crepitante.

La imagen no restaurará el sentido.

El desfondamiento del sol  
es el silencio,  
la ruptura de las generaciones,  
el amor azotado de toda desmesura.

Sin Origen.  
Sin Eternidad.

La obscenidad de un cielo abierto  
y vacío.

Rojo y negro  
es el interior expuesto  
de la vida.

El mundo no se configura.

En el vacío,  
los nombres muestran  
su núcleo deforme y absurdo.  
Toda la sangre derramada a la intemperie.

El cielo se hunde  
en la errancia  
de ese cuerpo estallado.

La desgarradura  
sin fondo,  
sin recorrido,  
sin lengua.

El terror constriñe las carnes,  
la mirada que zozobra  
entre cruces negras  
y follajes.

La escena no será reconquistada.

Fragmentos expuestos a la espesura  
del aire violáceo,  
sin voz,  
sin Mí.

Sólo la obscenidad.

*21 de enero de 1997*

## XVIII

Soledades oscuras,  
cuerpos atravesados por un fuego árido,  
sin paisaje,  
sin hundimiento.

En la desmesura,  
el amor es el gesto que arranca los miembros,  
la lengua sin imagen.

Ya no tiembla el silencio.  
Ya no muestran las joyas el secreto.

El mundo es el fuego árido  
del sol estallado,  
el cielo puesto en abismo,  
la sangre interior de la Eternidad abierta.

El Yo Póstumo se queda solo y sin testigo.

Era la imagen ulcerada del destierro.  
Era la torcedura de los descerebrados.

Es el acto total.  
El alma  
partida,  
exhibida,  
arrojada.

La voz crepitante  
del instante oscuro.  
La herida olvidada.  
La carne.

El abrazo del alma se extingue  
en la abertura del cielo desfondado.  
Como un aborto perpetuo  
en la mirada que enmudece.

El golpe.  
La llamarada.  
El cuchillo.

La entraña eclosiona sus fragmentos,  
como en un desierto escondido.

El Yo Póstumo:  
desmesura del abrazo extinguido  
que susurra y mata.

*21 de enero de 1997*

## XIX

Es el instante lejano y circundante del acoso.  
Postrimerías conjuradas entre murmullos dispersos,  
en el mundo que azota el árbol.  
Como un sol hundido  
bajo el límite de las bóvedas.

No. Los montes se ocultan.  
Las voces se quiebran.  
La fractura de Dios  
se desangra entre las lenguas.

Mana el viento en un incendio crepuscular.  
La lentitud de un paisaje sin testigos.  
El interior descendente de la vida.  
Las membranas de la despedida y el silencio.

No hay lugar.

El sol se muestra  
en la abertura de su muerte.  
Es la noche auroral  
de un destierro invisible.  
La fractura sin sangre de los jeroglíficos.

El vacío es el gesto interior  
que absorbe el secreto.

La línea ha aprisionado  
la torcedura del árbol,  
el temblor de las cruces nocturnas.

El abrazo es la muerte.

Rojo y negro  
es el núcleo inefable:  
la intensidad del descenso  
en la voz hundida del Yo Póstumo.

Como un cuerpo que flotara  
en un mar desierto,  
pronunciando los fragmentos  
de la derrota y la permanencia.

No. La lengua se hunde  
atravesando las marañas.  
Más allá,  
la imagen se bifurca,  
dibujando cicatrices.

Pero el silencio amputado  
descubre el instante residual  
de la vida,  
en que los nombres  
ocultan el dolor  
y los simulacros permanecen,  
pudriéndose y gozándose.

Es el ojo desfondado de la despedida,  
el umbral retorcido de la duda  
en el testigo eterno,  
invocando un dios microscópico,



un asesino  
o un ave.

La lengua se hunde,  
como una cicatriz trenzada.

El simulacro se alarga  
en su profanación vacía.

*22 de enero de 1997*

## XX

Es el silencio en el abrazo,  
el espasmo febril de la garganta  
que se quiebra,  
la fisura indescriptible del descenso.

El terror impregna los cortes.  
La palabra se aleja del destello.

El abrazo del alma.  
El único.  
El cuerpo de la Eternidad.

Es la tronadura interior de los signos,  
el beso en los pesados bronce de un mar sumergido,  
la cubierta interior de los secretos.

Es el amor ramificado en el abismo  
que se estrecha,  
como trompas o caminos.  
O voces arrojadas sin inicio.

No. El cuerpo no estalla.  
La estatura no cifra su desorden.  
La debilidad no florece.

Zonas entrecruzadas en la cacería.  
Zonas de luz o sangre.  
Heridas como bocas interiores.  
O cajas.

O cerebros desfondados.  
Allí donde el alma conoce  
la imposibilidad de  
su línea,  
su verdad,  
su mundo.

La estéril recitación volverá  
a ser dicha.  
Se fragmentará el olvido.  
Se disecharán los cuerpos  
en el gesto distante de la extracción  
y el saqueo.

No. La vida no se muestra.  
La ausencia no se inflama.

En el interior,  
la voz se traga a sí misma:  
palabra deglutida en un castigo  
sin verdugos,  
sin testigos.  
Más acá del destello del amor y su lealtad,  
en una lejanía  
sin trama,  
sin bordes,  
sin preguntas.

No. La vida no toca el fondo de la vida.  
La desmesura no abre su silencio.

Pero el amor devela  
el rostro inhumano de la ausencia,  
la intimidad de un beso oscuro que florece,  
como la resonancia de un grito  
al interior de un cofre  
o una calavera.  
O la mano crispada que se cerrará al morir.

Los delicados cristales ya no expanden  
su tenue delirio,  
su espesura atemporal,  
su devenir intacto.  
La mirada se cierra en los filos  
de un umbral que zumba y atenaza.  
Como un cielo extranjero de cruces negras  
o ráfagas.

Pero del otro lado está el frágil  
destello del amado:  
el interior de un cristal tardío  
en la tronadura del despeño,  
allí donde la mirada se parte,  
devorándose,  
deviniendo el extremo límite de la derrota,  
la membrana lacerada del Vacío.

El abrazo del alma  
es el borde difuso,  
la fúnebre irradiación de la vida,  
el destello del único  
en su silencio irreconciliable.

La Eternidad febril  
en su desgarradura sin final.

La voz,  
la intimidad abisal del amor lejano,  
del otro lado de la garganta que se quiebra.

*5 de febrero de 1997*

## XXI

El instante invisible era el universo de los signos.  
Oscuros frutos en un fondo violáceo,  
como la siembra de un misterio  
abrazando a su linaje.

He ahí el nombre de la áspera lejanía.

No es el mundo de los objetos cercanos.  
No es la aridez de los placeres sin morada.  
No es el vómito de la obscenidad sin mundo.

Es el destello de una espiral descendente,  
el umbral  
en un azote de bóvedas crepitantes.

He ahí el martirio de la luz encegecida.

Entre el cuerpo y los objetos  
está la noche del sonido,  
la mordedura,  
la línea devorada por un mar enterrado.

El tiempo estalla,  
como un cuerpo acrisolado  
en la desmesura vacía.  
Y el cielo adelgazado  
exhibe la mordedura  
bajo la luz invertida  
de la repetición y la turba.

Pues el retorno desprendido es el secreto  
expulsado a la superficie del marasmo  
que oculta el estallido de la muerte,  
la finita plenitud de la verdad,  
el retorno sin retorno  
a los despojos de la lucha castigada.

He ahí el amor sin Dios.

La voz de los cortados  
se atomiza en el descenso,  
como una montaña de cerebros  
enraizada  
en el licor negro de los basurales.

La trama estallada  
deviene espesura sin cortes ni reflejos:  
grave alarido violáceo  
de trompas y bronces sumergidos.

He ahí el anhelo que antecede  
a la derrota.

El dolor de los nombres  
no penetra  
la luz craquelada del marasmo.  
El dolor de los nombres  
no abraza  
la noche del sonido.

*12 de febrero de 1997*

## XXII

Se seca el estallido en la penumbra.  
Umbrales presurosos  
se desprenden de las bocas.  
El aullido cerrado en la piedra.  
El cristal descerebrado de la vida.

Del otro lado  
está la noche calurosa.  
Y el borde oscuro es la pregunta  
por el lugar intacto.

Cristales desollados  
en la errancia del sonido.  
Fractura o simulacro.

No sutura la luz petrificada de la vida.

El desfondamiento es la noche transparente,  
el sonido de una trizadura que cayera  
al interior de todos los mundos,  
en una eclosión central  
de trozos mancillados y secretos.

Es la succión residual de la vida  
entre zonas fugaces,  
espejos carcomidos  
o huesos parlantes a la deriva.  
Sólo encrucijadas y luces espectrales  
de astros hendidos,  
como bocas muertas.



Los trozos proliferan  
sin preguntas esenciales.

Enjambres arrojados  
a los intersticios del ojo,  
en la penumbra ortopédica  
de las cicatrices.

La trepanación es la convulsión  
de un nacimiento de lenguas partidas.

Los términos son las costras  
de la vida y el destierro.  
La espesura arrebatada  
al silencio de abajo.

*19 de febrero de 1997*

## XXIII

Umbrales acuosos  
sin origen.  
En la penumbra violácea,  
brotó un sol herido.  
Soledades  
sin ojo,  
sin memoria.  
Sólo el escarnio vil  
de la hondura sin huella.

¿Hacia dónde va  
el tardío horizonte interior?  
¿En qué pozos se  
sumerge el corazón perdido?

Una planicie incendiada.  
Un árbol rojo.  
Un único cadáver  
para la más desolada visión.  
Una mirada  
sin cuerpo,  
sin testigos.

El sordo terror  
inunda el paisaje silencioso.  
Un gélido frenesí  
de aperturas y engranajes.  
Los brazos arrancados del abismo.

Sólo umbrales sin medida.

Las preguntas han extraviado  
su sangre.  
La planicie ha estallado  
hacia dentro.  
Y hacia dentro,  
el rigor del alarido  
va tallando la derrota.  
La luz desfondada  
de la ausencia.

El alma bordea el universo.  
Las aguas se pudren.

El tiempo del alma  
se bifurca entre los filos.  
En esa fractura,  
el abrazo es el alarido  
que se devora hacia dentro.  
Y hacia dentro,  
la llama se petrifica,  
como los siglos de la muerte.

No se reúne el ojo  
consigo mismo.

Pues el dolor es la única profundidad  
y el único nombre.

*10 de febrero de 1998*

## XXIV

Tarde y devoramiento  
al interior.  
En la fractura,  
la voz negra  
de una eternidad horadada  
por el fuego.

El último frenesí se quiebra  
en esa mixtura de pozos  
y enjambres.  
Y más allá,  
está la locura  
de los mundos intocados.

Pero no se retorna al origen,  
sino a la planicie inhumana  
de la pérdida.

Luces abiertas en la sangre.  
Dones póstumos  
arrojados al abismo.

Pues descerebrar es amor,  
bajo el cielo embestido.  
Y preguntar es morir  
en un abismo sordo  
sin abrazos,  
sin promesas.

Un silencio vacío,  
como si en el umbral de la vida  
la trama fisurada del revés  
hubiese estallado hacia abajo.

¿En qué nombres se empozarán  
los abismos interiores?  
¿En qué regazo abierto  
a machetazos?

En ese borde interior,  
el sol violáceo  
acribilla los desiertos.  
En la memoria,  
un torbellino de fauces  
configura el sonido fundamental  
de los transcurros.  
Allí donde el rigor de la Nada  
arranca los ojos de la vida feliz.

Tarde y devoramiento  
en la luz excremental  
de la exhibición y el tedio.  
La boca del desfondamiento  
va deglutiendo  
el inútil amor de las doncellas.  
Y en el lugar ardiente del dolor,  
la vida expele el fundamento servil  
de la magnificencia y el asco.

Tarde en la vida,  
el hundimiento mostró  
la luz de la verdad.  
Un universo en fuga.  
Un árbol en descenso,  
más allá de la sangre excremental.

Como si todas las preguntas  
hubiesen traspasado el desarraigo,  
y el silencio hubiese acallado  
los amores para siempre,  
en esa Eternidad de abajo,  
en ese fuego astillado del revés,  
sin reuniones,  
sin jardines.

Allí donde el fundamento  
de la vida  
es aquel abrazo roto.  
O las fauces desarraigadas  
de un escarnio invisible.  
O la obscena fuente abierta  
a machetazos,  
en medio de la fiesta.

*14 de febrero de 1998*

## XXV

Huecos resonantes,  
arena y murmullos:  
la Eternidad de abajo.

No se extiende la morada.

La sangre oscurecida de los astros  
es la mirada del testigo,  
los pliegues del silencio.  
Presencias en el fuego descendente  
de la noche.  
Secretos.

Ojos y siglos clausurados.  
Sendas interiores  
a la intemperie.

Sonido violáceo  
de ausencias y desperdicios.  
Voces invisibles y estallidos.  
Marañas y cerebros.

El dolor permanece indescifrable  
en bóvedas y fronteras.  
Pero en los jardines,  
una mirada murmura  
el delirio bajo las hojas  
y los días.

Del otro lado de la vida,  
el viento supura el ser escoriado  
del relato y la contemplación.

La tarde es la mirada.  
El espacio de la desgarradura.  
El ser epigonal  
del secreto y la zozobra.

Puentes olvidados  
a contraluz.

La trizadura es la cifra  
de la noche:  
huecos resonantes,  
arena y murmullos.

El Yo Póstumo  
relata  
la eclosión,  
el hundimiento,  
el colapso de las sendas.

Hornos microscópicos.  
Lenguas rechinantes.  
Un cielo violáceo  
en la persecución  
de la voz  
sin entraña.  
El nombre en el osario.  
El cuerpo en la trizadura.



El Yo Póstumo es  
el descenso y la mirada:  
la Eternidad epigonal  
de los mundos interiores.

Los instantes usurpan el velo.  
La memoria crepita  
en las bocas de los muertos.  
Los huesos se parten.

El ser es la escoria de la luz.  
El testigo relata,  
muriendo.

El Yo Póstumo es  
el recorrido,  
la memoria,  
la soledad,  
la muerte.

Un mar violáceo,  
a contraluz,  
sin rostros,  
sin preguntas.

Sin testigos.

*15 de agosto de 1998*

# HORROR METAFÍSICO

## Epílogo

### I

Horizonte quebrado  
a contraluz,  
sin voz,  
sin apertura frontal.

Sólo un abismo de cristal negro,  
refugio en llamas,  
dolor inmaterial  
de un espasmódico desfondamiento.

La altura.  
La planicie.  
El estertor marmóreo del alma que cae.

Caminos bifurcados  
en preguntas inconcebibles.  
Alaridos bajo el follaje de otoño.

Un rumor de sangre.

Ya no habla la unidad.  
Se ha vuelto transparente.  
Pues la demencia de Dios  
es la exhibición  
de su Creación fisurada.

Declinarán los niveles  
en la fantasmal abstracción  
del florecimiento y de la muerte.  
Allí corren las doncellas de luz,  
como un despertar que se disolviera  
entre las raíces  
de un olvido sacrificial y tardío.

Súplica e inocencia.  
Crispación y silencio.  
Umbrales y nombres evanescentes.  
Pues la respuesta era el despeño  
del alma sutil,  
el cielo fragmentado  
del interior último.  
Como pozos en descenso  
concentrando los signos  
de la pérdida esencial.

Ahora el ojo se expande hasta la muerte.

*30 de mayo de 2003*

## II

Despojamiento iluminado.  
Transparencia mortal.

Era Dios  
en una senda de estertores descendentes.  
La piedra que sangra voces,  
desde un pasado especular,  
disolviéndose bajo  
la inexorable agonía del sol.

Póstumas determinaciones.

Del otro lado  
están los árboles,  
los pozos invertidos:  
conciencias inorgánicas presenciando  
el devenir de la caída.

La cifra del silencio pende  
en diseminados abismos,  
como ojos y bocas mortales.

Abstracciones transmutadas  
en objetos parlantes.  
Hojas secas y aullidos.  
Cofres y escaleras bajo el agua estéril  
del Espíritu extrañado,  
sin habla.

Mas el alma era de las cosas.

Son las desgarraduras,  
separadas de Dios.  
Chillidos autónomos,  
como arcaicas mutilaciones.

Un devenir olvidado de súplicas  
y signos desperdiciados.

El fondo.  
El fuego.  
La desolada representación  
de una Ausencia proliferante.

*3 de junio de 2003*

## POST SCRIPTUM

### Lo invisible busca lo invisible

La presente obra reúne dos conjuntos de textos: *La inteligencia se acrecienta en la Nada*, en prosa, y *El abrazo del alma*, en verso. El primero fue escrito entre octubre de 1994 y diciembre de 1996. Y el segundo, entre febrero de 1995 y agosto de 1998, con un epílogo escrito entre fines de mayo y comienzos de junio de 2003, intitulado *Horror metafísico*. La transcripción de la primera versión manuscrita de ambos, fue realizada entre noviembre de 2009 y diciembre de 2010, y en junio de 2015. Y su revisión para la presente edición, entre marzo y julio de 2015, y en junio y julio de 2016.

La datación de los textos, correspondiente a su primera versión, ha sido conservada en su estructura, pensada retrospectivamente como archivo. Pues éstos forman parte del registro de una memoria acerca de la formación de un pensamiento y su devenir, en el curso de una vida y su penoso proceso de autoconciencia. Por eso, su revisión contempla sólo correcciones ortográficas y de estilo, y reordenaciones y reelaboraciones de pasajes específicos, en vistas a una mayor precisión y una mejor resolución de su ritmo.

Entre sus referentes externos, están: la entrevista al torturador Osvaldo Romo, realizada el 11 de abril de 1995 por Mercedes Soler, periodista de la cadena Univisión, reproducida parcialmente por Red de Televisión Chilevisión poco tiempo después. Los filmes *Apocalypse Now* (USA, 1979), de Francis Ford Coppola (1939), y *El maestro de música* (Bélgica, 1988), de Gérard Corbiau

(1941), exhibidos por televisión abierta en esa misma época. La espantosa serie de fotografías, incluida en *Las lágrimas de Eros* (1961), de George Bataille (1897-1962), que ilustra un antiguo suplicio chino destinado a la ejecución de penas de muerte, consistente en el descuartizamiento y la desolladura del condenado, ante una masa de espectadores; serie aludida en razón del trauma provocado tanto por su visión como por la complacencia de Bataille. Las confesiones póstumas de José Saavedra, estudiante de filosofía en la Pontificia Universidad Católica de Chile, quien se suicidó a comienzos de 1988, a los veintitrés años de edad, y parte de cuyos textos apareció en la última edición de la revista de circulación restringida *El espíritu de la época*, en septiembre de ese año. *Lo santo* (1917), de Rudolf Otto (1869-1937). Versos de “Galope muerto”, incluido en *Residencia en la tierra I* (1925-1931), y “Alturas de Macchu Picchu”, incluido en *Canto General* (1950), de Pablo Neruda (1904-1973). Textos de Antonin Artaud (1896-1948). Fragmentos de Heráclito (siglo VI al V a. C.). Y dos leyendas pertenecientes al conjunto de grabados *Los desastres de la guerra*, de Francisco de Goya (1746-1828): “Nada. Ello dirá” y “Murió la verdad”, correspondientes a los números 69 y 79 de la serie, respectivamente. Según la historiografía clásica, ésta fue realizada entre 1810 y 1820, en el marco de la Guerra de la Independencia Española (1808-1814), contra el Primer Imperio Francés. Los dos grabados aludidos fueron realizados entre 1814 y 1815. Goya fue testigo de las fatales consecuencias de la guerra: la barbarie sin límites, la miseria humana y material, el hambre, la muerte violenta, el terror, la locura y la soledad, que aquí registra con descarnado realismo, desde una sensibilidad conectada con el fondo de esos horrores. Entre el 7 de junio y el 20 de julio de 1995, la I. Municipalidad de Viña del Mar organizó una exposición de 222 grabados originales de Goya, en el Palacio de Bellas

Artes de la Quinta Vergara. Provenían de las cuatro grandes series de grabados del artista –*Caprichos, Desastres, Tauromaquia* y *Disparates*–, cuya muestra y montaje estuvo al cuidado de la Fundación Juan March, de Madrid. La mención de “Nada. Ello dirá” y “Murió la verdad”, se relaciona directamente con esta exposición, si bien el recuerdo de las inquietantes imágenes de Goya se remonta a 1989.

Ahora bien, determinar la naturaleza de estos textos, al cabo de veinte años, supone una mirada en perspectiva capaz de hacerse cargo tanto del pasado como del presente que los rodea, incluso lejanamente. Eran parte de una práctica cotidiana, de una indagación acerca de un lenguaje que fuese capaz de otorgar una forma expresiva a procesos internos más bien oscuros y difíciles de llevar a la conciencia. Eran parte de hábitos introspectivos en busca de un pensamiento arraigado en sentimientos e imágenes, cuya irradiación subyacente actuaba desde la necesidad vital de un nombre, un movimiento y una estructura descifrables. Eran ejercicios en torno a un idioma, un sonido y un pensamiento fundamentales, llevados a cabo desde un entendimiento tanto de la vida como de la experiencia y su devenir –interno y externo–, cuyo horizonte último era, y sigue siendo, el conocimiento y el autoconocimiento, más allá de las fronteras del yo personal, en el sentido de una apertura a una memoria desconocida. Eran ejercicios de concentración del ánimo, el espíritu y las escasas fuerzas vitales, en una imagen, un concepto y un sonido, casi siempre difusos, cuya intensidad llegaba a coincidir con su breve escritura, cuando dicho espacio invisible y sin tiempo se daba.

El entramado de elementos formales y estructurales como la prosa, el verso, la imagen y el concepto, su énfasis en alguno de éstos o su decantación, se relacionan, por un lado, con la



necesidad de un lenguaje vital y un ritmo que pudiesen conferir una forma expresiva a esos movimientos o procesos del alma. Y, por otro, con la búsqueda de una fidelidad a su íntimo requerimiento. De ahí que ambos conjuntos de textos, en prosa y en verso, respectivamente, aparezcan reunidos, pese a sus distintos registros y formas, pues pertenecen a una misma etapa de esa indagación fundamental.

El resultado de esta ejercitación ha sido la plasmación de materiales para lo que actualmente pudiera llamarse una *metafísica de la ausencia de Dios y el hundimiento del Espíritu*, subyacente a la experiencia de la ruina tanto de Chile como del mundo. Una metafísica entendida, por un lado, en términos de una búsqueda de *lo invisible último* como fundamento de lo visible, arraigada en sentimientos extremos que requerían cauces más amplios de expresión. Y, por otro, en términos de una constante investigación en torno a lo real, entendido como fondo y cifra de la realidad, en sus más vastas dimensiones y ramificaciones, situadas más allá de los límites de la inteligencia y la experiencia. En suma, lo buscado era, y sigue siendo, lo invisible en cuanto realidad trascendental irradiante, viva, manifestada a través de interiores difusos y símbolos de alta concentración, en constante proceso de elaboración, aunque siempre en peligro, perdidos en remotas zonas del alma.

De ahí, los signos configurados en estos textos: imágenes, conceptos y sonidos, cuyo foco reiterado, al modo de variaciones sobre un mismo tema, es el vacío y la soledad de Dios en el alma y el mundo, como una vasta catástrofe. Y la manera en que la filosofía, la inteligencia, los sentimientos y la experiencia, se enfrentan a esta violenta dimensión de la realidad, en sus esfuerzos por descifrarla.

Algunos de tales signos son: el desprendimiento de la Eternidad, lo absoluto, la herida, la búsqueda de Dios como descenso, el extravío y la demencia de Dios, el abismo de la realidad, el abismo anterior a la vida, la trascendencia, la guerra, la música, el sonido de abajo, el mal y el Maligno, la muerte y la conciencia de la muerte, el testigo y su soledad, el fuego subterráneo, la búsqueda del amor, la verdad y la luz. Por otra parte, si bien *nada, vacío, ausencia, abismo, caos e infierno*, son imágenes análogas, éstas se refieren a distintas facetas de un mismo fenómeno, pues no son teóricamente equivalentes.

Ahora bien, en el curso del devenir de ese pensamiento concentrado, surgieron dos grandes imágenes y conceptos: el abrazo del alma y el Yo Póstumo. Acaso vestigios en formación, situados en ese doloroso vacío sin Dios, más allá de los límites de la inteligencia. Esta última es entendida como capacidad en desarrollo de un ver y un oír el fondo de la realidad; como duración e impronta siempre penosa y desgarrada, en que *lo invisible busca lo invisible*. Conforme al doloroso dilema histórico, la inteligencia se arroja al abismo en busca de Dios perdido, o renuncia a sí misma, para entregarse a la abjuración y la vileza.

“La inteligencia se acrecienta en la Nada” significa que, más allá de sus límites internos y externos, la inteligencia –siempre unida al resto de las facultades, a la vida y la experiencia– ha de librar un proceso de lucha por encontrar una cifra que dé cuenta de la soledad y el extravío de Dios en esta época impía.

Una mirada retrospectiva permite entender el presente trabajo como parte del registro de una memoria anterior, subyacente a un pensamiento y su estructura interna configurada en el tiempo, y como base de conceptualizaciones y análisis que, más tarde, adquirirán la forma del ensayo, a través de obras maduradas

en el curso de varios años. Éstas son, entre otras: *Una arqueología del alma. Ciencia, metafísica y religión en Carl Gustav Jung* (Editorial USACH, 2012), *El Diablo en la música. La muerte del amor en El gavián, de Violeta Parra* (1ª edición por Altazor, Viña del Mar, 2008; 2ª edición, corregida y aumentada, por Editorial USACH, 2013), y *Los perros andan sueltos. Imágenes del postfascismo* (Editorial USACH, 2015). Pero que estos textos constituyan su base, debe ser entendido no en el sentido de una etapa ya superada, superable o prescindible, conforme al transcurso del devenir, sino en aquel de *humus* espiritual y estrato fundamental, siempre presente y actuante de algún modo.

De tales ejercicios deriva una conclusión ulterior, plasmada en dichos ensayos, relativa a la única forma de piedad posible, en medio del hundimiento del Espíritu y la destrucción de Dios, como signo de este tiempo. Dicha piedad consistiría en hacer consciente su Ausencia y darle una forma simbólica, al modo de una vasta plegaria última, frente a la indolente impiedad de impostadas danzas sobre el abismo y espurias filosofías del aquí y el ahora, transadas como desechables objetos de consumo y mercancías sin alma.

Los textos aquí presentados, constituyen una muestra parcial de esa memoria subyacente. La escritura de estos ejercicios de concentración ha continuado, conforme a su ritmo interno, en forma paralela a los ensayos, de los que aquélla es su raíz inconsciente y su germen, frente a la trituración del tiempo, la fugacidad, la entropía, el olvido, la muerte, lo indiferenciado y el mal.

L. O. V.

*Valparaíso, junio-julio 2015 / junio-julio 2016*

## LO INVISIBLE ÚLTIMO<sup>1</sup>

Lo invisible último es el imposible horizonte de todos los caminos, encrucijadas, desiertos, umbrales, moradas y sonidos de la inteligencia y el alma, en esta época desolada e impía. Un sol violáceo en la negatividad de Dios, esa oscuridad que transcurre como un abismo aéreo, un misterio de sendas perdidas, o un osario interior, en líneas paralelas a extinciones, irradiaciones siniestras y horrores históricos inconmensurables, cuya cruenta realidad es el peso y el pozo de un lenguaje y un sonido en busca de un puente, una puerta y un cofre irreductible.

Lo que subyace es la monstruosidad de la pérdida, la maldad e ignorancia de siglos irredentos, destilados en un final sin bordes.

Aun así, esta póstuma piedad se postra ante la Ausencia de Dios, trasunto y despojo del Espíritu y su inescrutable inteligencia, cuya cifra es el núcleo de una enconada desesperación.

La imagen de lo invisible último.

*Julio 2016*

---

1            texto de la contraportada



# ÍNDICE

LA INTELIGENCIA SE ACRECIENTA EN LA NADA .....	7
<i>MURIÓ LA VERDAD. GRABADO DE GOYA</i> .....	8
FUERZAS OSCURAS .....	11
DILEMA METAFÍSICO .....	15
LA IMPOSIBILIDAD TONAL .....	17
EL DESPRENDIMIENTO DE LA ETERNIDAD .....	19
PREGUNTA POR LA FILOSOFÍA .....	23
EL VACÍO .....	24
LOS ÍDOLOS .....	26
ROMO .....	28
LOS LÍMITES DE LA PROFUNDIDAD .....	31
LA PUERTA .....	34
<i>MYSTERIUM TREMENDUM</i> .....	36
EL GUERRERO DESPEÑADO .....	38
EL HÉROE DESTRUIDO .....	39
EL REGRESO .....	40
LOS AMPUTADOS .....	42
LOS DONES DE DIOS .....	44
LA INTELIGENCIA .....	46
LA GUERRA .....	50
LA HUMANIDAD NADIFICANTE .....	52
CAOS .....	54
“AMPUTADOS O LOS HIJOS DE NADIE” .....	56
LOS HIJOS DE LA INCÓGNITA .....	57
EL ETERNO FEMENINO .....	59

“MURIÓ LA VERDAD” .....	61
ADIÓS A LA MÚSICA .....	63
EL INFIERNO .....	65
EL <i>THELOS</i> DE LA FILOSOFÍA EN TIEMPOS DE OSCURIDAD .....	67
LA MÚSICA .....	69
EL AMOR Y LA INTELIGENCIA .....	71
EL MUNDO ROTO .....	73
EL AMOR Y EL MIEDO .....	75
LA MUERTE DE LA MUERTE .....	80
LA PROMESA .....	82
VERDAD, SONIDO Y DERROTA .....	84
DIOS ROTO .....	86
LA LUCHA DESFONDADA .....	88
LA DERIVA .....	91
EL YO PÓSTUMO I .....	93
TESTIGO DEL MAL .....	95
EL ABRAZO DEL ALMA .....	97
EL YO PÓSTUMO II .....	100
EL DOBLE .....	102
EL ABRAZO DEL ALMA .....	105
<i>NADA. ELLO DIRÁ.</i> GRABADO DE GOYA .....	106
EL ABRAZO DEL ALMA .....	109
I .....	109
II .....	112
III .....	114
IV .....	116
V .....	118

VI .....	120
VII .....	122
VIII .....	125
IX .....	127
X .....	129
XI .....	131
XII .....	133
XIII .....	135
XIV .....	138
XV .....	141
XVI .....	144
XVII .....	146
XVIII .....	149
XIX .....	151
XX .....	154
XXI .....	158
XXII .....	160
XXIII .....	162
XXIV .....	164
XXV .....	167
HORROR METAFÍSICO .....	170
EpÍLOGO	
I .....	170
II .....	172
POST SCRIPTUM .....	174
LO INVISIBLE BUSCA LO INVISIBLE	



## COLOFÓN

# EDICIONES

LA INTELIGENCIA SE ACRECIENTA EN LA NADA ©  
LUCY OPORTO VALENCIA, RPI N° 255.541,  
ISBN 978-956-9301-16-2, FUE EDITADO EN  
EL PUERTO DE VALPARAÍSO. LAS IMÁGENES QUE  
ACOMPANAN AL TEXTO, SON: PÁGINA 8, *MURIÓ  
LA VERDAD* (N° 79, 1814-1815); PÁGINA 106,  
*NADA. ELLO DIRÁ* (N° 69, 1814-1815). EN  
**LOS DESASTRES DE LA GUERRA** (1810-1820),  
SERIE DE GRABADOS DE FRANCISCO DE GOYA  
(1746-1828). PARA LOS INTERIORES SE UTILIZÓ  
PAPEL BOND AHUESADO DE 80 G Y PARA LA  
PORTADA COUCHÉ DE 250 G, CON TERMOLAMI-  
NADO OPACO. DE ESTA PRIMERA EDICIÓN SE IM-  
PRIMIERON 100 EJEMPLARES, EN AGOSTO DE 2016.

# INUBICALISTAS

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.CL

ISBN: 978-956-9301-16-2



9 789569 1301162

## LO INVISIBLE ÚLTIMO<sup>1</sup>

Lo invisible último es el imposible horizonte de todos los caminos, encrucijadas, desiertos, umbrales, moradas y sonidos de la inteligencia y el alma, en esta época desolada e impía. Un sol violáceo en la negatividad de Dios, esa oscuridad que transcurre como un abismo aéreo, un misterio de sendas perdidas, o un osario interior, en líneas paralelas a extinciones, irradiaciones siniestras y horrores históricos inconmensurables, cuya cruenta realidad es el peso y el pozo de un lenguaje y un sonido en busca de un puente, una puerta y un cofre irreductible.

Lo que subyace es la monstruosidad de la pérdida, la maldad e ignorancia de siglos irredentos, destilados en un final sin bordes.

Aun así, esta póstuma piedad se prostra ante la Ausencia de Dios, trasunto y despojo del Espíritu y su inescrutable inteligencia, cuya cifra es el núcleo de una enconada desesperación.

La imagen de lo invisible último.

*Julio 2016*

---

<sup>1</sup>Texto de la contraportada del libro impreso.